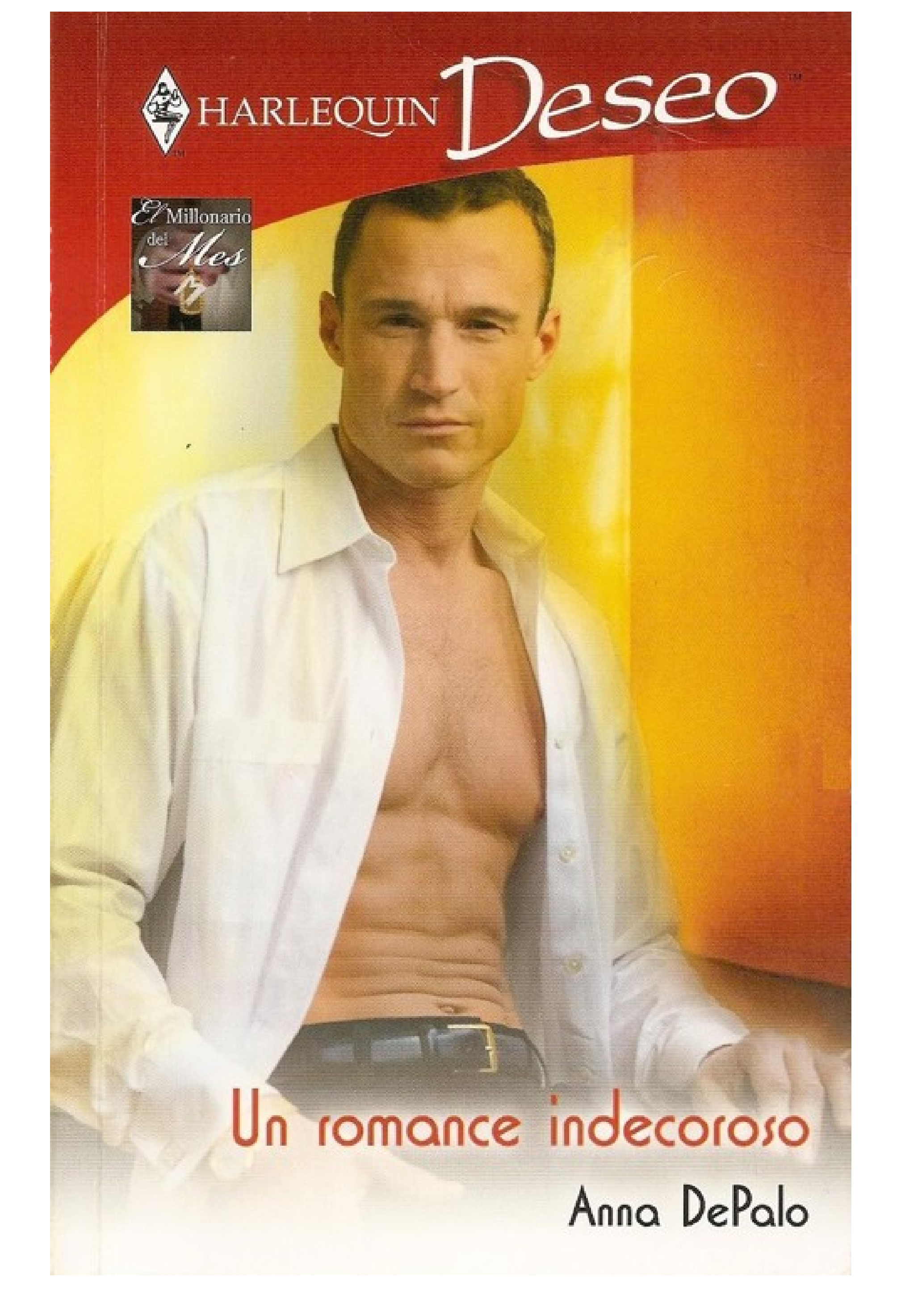

HARLEQUIN
Deseo
Un romance indecoroso
Anna DePalo



HARLEQUIN
Deseo
El Millonario del Mes
Un romance indecoroso
Anna DePalo

ANNA DEPALO
Un Romance Indecoroso

Un Romance Indecoroso (2008)

Título original: An improper affair (2007)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo Miniserie 28
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Ryan Sperling y Kelly

ARGUMENTO:

El millonario del mes era un hombre con sed de venganza...

El empresario **Ryan Sperling** se preciaba de no ser como su padre, un mujeriego egoísta que había estado a punto de arruinar a su familia.

Ahora, cuando estaba a punto de lograr por fin su objetivo, destruir a su padre, Ryan se encontró con **Kelly**, una mujer inolvidable unida a su propia familia por extraños lazos.

Era impensable enamorarse de la hija de la amante de su padre… pero tampoco podía alejarse de ella sin antes sentirla entre sus brazos…

SOBRE LA AUTORA:



Siendo aún una adolescente, **Anna DePalo** comenzó a escribir su primera novela. Deseaba que ese primer manuscrito llegara a recibir numerosos reconocimientos y le trajera fama y fortuna. Sin embargo, aquel primer intento, terminó en la papelera. Se marchó a vivir a Italia e Inglaterra, se graduó en Harvard y se licenció en Ciencias Políticas, trabajó como abogada especialista en propiedad intelectual y terminó casándose con el hombre de sus sueños.

Su marido y ella se instalaron en Manhattan, no muy lejos de la casa de Brooklyn en la que ella había crecido, y allí formaron una familia italo-americana. Un día, Anna decidió darse una nueva oportunidad y volvió a escribir ficción. Creía que la experiencia vital obtenida a lo largo de los años la ayudaría a crear nuevas historias y

plasmar en las páginas sus vivencias. Escribiendo durante los fines de semana y por las tardes después del trabajo, finalmente llegó a escribir su primer final.

Aquella primera novela titulada Having the Tycoon's Baby (publicada en español como Dispuesta a todo, Deseo 1288), pronto se convirtió en un bestseller. Hasta la fecha, ha sido publicada en diez países y ha sido ganadora de varios premios. Actualmente, Anna ha colgado la toga y está totalmente dedicada a la creación de nuevas historias.

CAPÍTULO 01

Buscar un poco de calma en un pueblo perdido como Hunter's Landing no era la idea que Ryan tenía de pasarlo bien, pero lo cierto era que nada de lo que hacía últimamente lo era.

Estaba tan cerca de la victoria que prácticamente podía saborearla y, como la venganza era un plato que se servía frío, tenía intención de tomarse todo el tiempo del mundo para saborearla.

Entre tanto, no iba a perder de vista a la presa. Webb Sperling, director general y presidente del consejo de dirección de los grandes almacenes Sperling, además del hombre al que Ryan se veía obligado a llamar padre, no sabría ni lo que le había pasado.

Continuó caminando por una de las principales calles comerciales de los alrededores del lago Tahoe buscando un lugar en el que poder comprar un regalo de boda. Ya que iba a estar atrapado en aquel pueblo durante todo el mes de junio, lo mejor sería que descubriese algún lugar en el que entretenerse. Aunque sospechaba que iba a encontrar poca diversión por allí. Tenía la impresión de que los habitantes de aquel lugar tan tranquilo dependían de las bondades del cable para poder acceder a la televisión, a Internet y al mundo en general.

Ryan sentía un enorme interés por el cable. El cable lo había hecho rico ya que su empresa, Ray Technology, estaba entre las más importantes del legendario Silicon Valley californiano.

El cartel de una tienda atrajo su atención de pronto. *Triste Éxito*, anunciaba con floridas letras.

Ryan esbozó una sonrisa.

Aquel cartel resumía su vida en dos palabras.

Al llegar junto a la tienda pudo ver que era un pequeño establecimiento en el que vendían cosas para la casa. La fachada estaba pintada de blanco, azul claro y un ribete amarillo como un huevo de pascua. Ambos escaparates ofrecían escenas deliciosamente hogareñas.

En el de la izquierda había una mesa preparada para cuatro con un juego de té de tazas y platos diferentes y una mesa algo gastada aunque cubierta con un coqueto mantel.

A la derecha se veía un viejo sofá que parecía haber sido rescatado de un mercadillo, adornado con una amplia variedad de cojines de seda, con borlas y con cuentas.

Era una escena hogareña con un toque de pecado, pensó Ryan con un nudo en la garganta; aquel sofá habría encajado a la perfección en una habitación de exotismo oriental... o en los aposentos de una madama de burdel. Allí, en la frontera que separaba California de Nevada, donde los burdeles eran legales en muchas

localidades, la escena no desentonaba en absoluto.

Intrigado por el aspecto exterior de la tienda, decidió echar un vistazo dentro.

Una campanilla colocada sobre la puerta anunció su llegada.

—Estos álbumes de fotos forrados en seda llegaron la semana pasada...

La voz de la mujer, ligeramente grave, llegó hasta sus oídos al mismo tiempo que sentía el suave aroma a flores. Rodeó una mesa y se encontró cara a cara con la propietaria de dicha voz.

Ella levantó la mirada con una sonrisa y Ryan sintió que le faltaba el aire, como si acabaran de darle un puñetazo en la boca del estómago.

—Hola.

—Buenas tardes...

La voz de aquella mujer enseguida perdió fuerzas al encontrarse con su mirada. Ryan se puso en tensión; era la reacción normal en un hombre que llevaba demasiado tiempo sin pareja.

Le miró la mano, se fijó en que no llevaba anillo y sintió una repentina alegría.

La idea de tener que estar un mes en aquel pueblo ya no le parecía tan horrible.

Alta y curvilínea, el cabello le caía sobre los hombros, un cabello de color oro rojizo.

Era una Venus moderna de la que el mismo Botticelli se habría sentido orgulloso si hubiera podido utilizarla como modelo para su diosa del amor. Tenía la piel clara y rasgos simétricos.

Llevaba un jersey marrón, una falda de vuelo y sandalias de tacón que le daban un aspecto profesional pero con cierto aire bohemio que encajaba a la perfección con la imagen de su tienda.

Estaba atendiendo a una mujer de mediana edad a la que le estaba mostrando una amplia variedad de álbumes.

Se aclaró la garganta y amplió su sonrisa.

—Vaya usted echando un vistazo y dígame si necesita algo —le dijo.

Titubeó unos segundos, como si acabara de darse cuenta de la interpretación que podía dársele a sus palabras. Ryan tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—Yo le atenderé enseguida —añadió entonces.

Entonces sí que no pudo evitar sonreír al pensar cuánto le gustaría que le atendiera de verdad.

—Tranquila, no tengo prisa.

Ella lo miró con incertidumbre unos segundos antes de volver a mirar a la clienta que tenía delante.

Ryan se adentró en la tienda, no sin antes aprovechar la

oportunidad para observarla un poco más.

A lo largo de su vida había llegado a la conclusión de que las mujeres lo encontraban atractivo, pero lo cierto era que sus encantos estaban algo oxidados por falta de uso. Su última relación, si una aventura de tres meses podía llamarse así, había terminado hacía casi un año.

Oyó la voz de la atractiva mujer desde el fondo de la tienda.

—También tenemos algunos encuadernados en cuero que puede que le gusten...

Ryan se fijó en una lámpara cuya pantalla estaba decorada con flores y otra con cuentas de cristal de diferentes colores.

Tenía la sensación de haber entrado en un reino de fantasía lleno de color y texturas. Y sin embargo la tienda no podía ni compararse con ella. Aquella mujer había despertado en él un interés que no había sentido por ninguna mujer desde hacía mucho tiempo. Su voz era como la caricia de un pétalo de flor.

Definitivamente, llevaba demasiado tiempo sin sexo, pensó Ryan. Demasiado tiempo pensando sólo en el trabajo.

Y ahora gracias a Hunter, un viejo amigo de la facultad que había muerto demasiado joven, tenía mucho tiempo para pensar en ello.

Estando en Harvard, Hunter, otros cinco amigos y él habían formado una especie de pequeña fraternidad.

Una noche, frente a una mesa plagada de botellas de cerveza vacías, habían prometido que cada uno de ellos dejaría su huella en el mundo, aunque todos provenían de familias distinguidas y ricas. También habían prometido que se reunirían diez años después para celebrar su amistad y su éxito.

Pero poco después de graduarse, la repentina muerte de Hunter como consecuencia de un melanoma había desmembrado el grupo y poco a poco habían perdido el contacto.

Hasta que hacía unos meses, Ryan y el resto de integrantes de los «siete samurais» que quedaban habían recibido sendas cartas del bufete de abogados que representaba a la Fundación Hunter Palmer.

Según les habían informado, poco antes de su muerte Hunter había hecho construir una casa cerca del lago Tahoe y ahora, ya desde la tumba, esperaba que sus amigos cumplieran la promesa que habían hecho diez años atrás.

De acuerdo con el testamento, si cada uno de ellos pasaba un mes en aquella casa, después de los seis meses una organización benéfica recibiría veinte millones de dólares y la casa pasaría a manos del pueblo de Hunter's Landing para albergar un centro de apoyo a enfermos de cáncer.

Veinte millones de dólares era mucho dinero, por lo que ni siquiera Ryan, por muy rico y frío que fuera, podía decir que no.

Así que ése era el motivo por el que se encontraba en la situación en la que se encontraba; atrapado en Hunter's Landing precisamente en el momento en el que estaba a punto de alcanzar el objetivo por el que llevaba años trabajando: conseguir que Webb Sperling pagara por lo que había hecho.

Ryan torció el gesto al pensarlo. Por supuesto nadie más que Hunter habría encontrado un lugar llamado Hunter's Landing para reunir a sus viejos compañeros de universidad. Hunter siempre había tenido un sentido del humor muy particular.

Tres de sus compañeros habían pasado ya por la casa, pensó Ryan, por lo que estaban ya a mitad de camino. Lo más curioso era que los tres habían terminado el mes prometidos o casados, incluido Devlin, cuya estancia en la casa acababa de llegar a su fin.

De hecho, Ryan había llegado antes a Tahoe para asistir a la boda porque Dev le había pedido que fuese su padrino.

Devlin había llegado a referirse a la casa como «la guarida del amor».

Ryan volvió a mirar a Venus. La verdad era que él se conformaría con un breve encuentro; lo cual supondría un gran avance comparado con lo que había sido su vida amorosa últimamente.

—Espero que lo disfrute.

La voz de Venus se coló en sus pensamientos.

Ryan se volvió a mirar y la vio acompañando a su clienta hasta la puerta. Tras el tintineo de las campanillas que anunciaron la marcha de la otra mujer, se hizo un intenso silencio. Estaban solos.

Ryan la observó mientras ella colocaba los álbumes en su sitio. Finalmente, después de lo que para él fue una eternidad, Venus lo miró y sonrió.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —le preguntó al tiempo que se dirigía hacia él.

—Busco un regalo para una boda —anunció Ryan. —Pasaba por aquí y el nombre de la tienda ha despertado mi curiosidad.

—Le pasa a mucha gente —admitió ella. —El nombre es un buen anuncio para la tienda.

—Es usted muy hábil con el marketing.

Estando tan cerca de ella vio que tenía los ojos de color avellana y unas cejas perfectamente curvadas. Los labios eran carnosos y rosados, la piel cremosa, sin una sola mancha. Resultaba difícil no quedarse boquiabierto ante tanta perfección.

—Gracias —respondió después de una breve pausa. —Pretendemos tener un estilo elegante y desaliñado.

—¿Elegante y desaliñado? —aquello era una provocación a la burla. —Eso es una completa contradicción.

—Sí —reconoció, —pero también es una tendencia muy actual que

promueve por ejemplo muebles con un acabado algo gastado.

—Y yo que pensaba que el nombre de su tienda era una descripción de mi vida.

Ella soltó una carcajada.

A Ryan le gustó su risa. Tenía un toque musical que le hizo preguntarse si adquiriría un tono más grave y profundo en la cama.

Levantó un reloj que había en una estantería y, al ver el precio, enarcó ambas cejas.

—Vaya, la gente está dispuesta a gastarse mucho dinero para parecer pobres.

Ella asintió.

—Incluyendo los famosos —añadió riéndose. —No olvide que estamos en Tahoe.

—¿Entonces hay mercado para juegos de té en los que ninguna taza es igual?

—Sí —confirmó sin dejarse ofender. —Unir piezas completamente dispares para crear un conjunto lleno de armonía es todo un arte. Yo me encargo de encontrar lo que buscan mis clientes aunque no lo tenga ninguno de mis proveedores habituales.

Ryan estaba seguro de que más de un cliente se habría dejado seducir por los hábiles argumentos comerciales de Venus.

—¿Puede sugerirme algún regalo de boda para una pareja que lo tiene todo?

La pregunta arrancó una sonrisa de sus labios.

—¿Jóvenes o mayores?

—Jóvenes —dijo Ryan. —El es millonario y ella está a punto de serlo también.

—Una chica con suerte —dijo ella y después miró a su alrededor con gesto pensativo.

Él también miró. Todo lo que había en aquella tienda parecía diseñado para satisfacer el gusto femenino.

Estaba perdido.

Entonces vio que ella había centrado la mirada en algo, dio unos pasos hacia delante y él la siguió.

—¿Qué le parece unos candelabros de cristal? —le sugirió.

Los dos candelabros medían unos treinta centímetros y eran de cristal labrado.

Ryan sabía que más adelante enviaría a los novios un regalo más caro, pero le gustaba la idea de llevarles algo el mismo día de la boda, para remarcar la importancia del acontecimiento.

Venus lo observó detenidamente.

—El cristal siempre es un regalo seguro, siempre es adecuado, siempre...

—Vendido —dijo él. —Me los llevo.

Parecía sorprendida, pero también satisfecha.

Ryan agarró uno de los candelabros y miró el precio; era considerable, pero podía permitírselo, sobre todo si la compra le hacía ganar puntos con la hermosa Venus.

Le dio el candelabro y al hacerlo sus manos se rozaron. Ryan sintió una especie de descarga eléctrica y, si no se equivocaba, a juzgar por la repentina tensión que vio en su rostro, ella también lo sintió.

Sin embargo, todo hubo terminado en unos segundos y ella se dio media vuelta para dirigirse al mostrador. El la siguió.

—¿Hay algo más que quiera ver? —le preguntó sin volverse a mirarlo.

«Sí, a ti», pensó Ryan mientras la veía caminar. «Espectacular». Se preguntó qué se sentiría estrechándola en sus brazos.

Tuvo que hacer un esfuerzo para olvidarse de tales pensamientos y responder a la pregunta que le había hecho.

—Por el momento eso es todo.

Si de él dependiera, ya tendrían ocasión de verse a lo largo del mes.

No podía apartar los ojos de ella mientras quitaba el precio a los candelabros y los envolvía con extrema delicadeza. Le resultaba excitante ver el movimiento de sus manos. Tenía que controlarse o, mejor aún, desahogarse sexualmente para relajarse un poco.

—¿Va a quedarse en Tahoe o está aquí sólo de paso? —le preguntó ella, sacándolo de sus fantasías.

—Voy a quedarme unas semanas en Hunter's Landing —respondió él.

Si medía su estancia allí en semanas, le resultaba algo más llevadero.

—¿De verdad? —Venus levantó la vista. —Yo vivo muy cerca.

—Hunter's Landing es pequeño y muy tranquilo —afirmó Ryan con una mueca.

Seguramente ella pensaría que estaba allí de vacaciones. Iba vestido con unos pantalones de sport y un polo para variar un poco, porque su indumentaria habitual era traje y corbata.

—A mí me gustan los sitios pequeños y tranquilos —respondió ella.

Desde luego no parecía muy juerguista, pensó Ryan. Quizá tuviera pareja y por eso no sentía la necesidad de socializar en los bares del pueblo.

No llevaba anillo, pero podía tener novio o, más probablemente, novios, se corrigió a sí mismo, seguro de que Venus tendría cientos de hombres a sus pies.

—Apenas conozco el pueblo, así que quizá pueda recomendarme

un buen lugar para comer.

Estaba faltando ligeramente a la verdad, ya que había crecido muy cerca de allí, en la propiedad que su familia tenía en Clayburn y había estado en Tahoe en multitud de ocasiones. Aunque no recientemente. En los últimos tiempos había estado dedicado en cuerpo y alma a preparar su venganza y Tahoe era un lugar que frecuentaban Webb Sperling y los de su clase.

Lo que Venus tampoco tenía por qué saber era que le habían entregado la casa con la nevera repleta de todo tipo de exquisiteces.

Ella se quedó pensativa unos segundos, como si estuviera preguntándose si Ryan estaba intentando algo.

El se vio invadido por el deseo.

Llevaba un jersey muy sencillo, pero con aquellos pechos generosos, cualquier cosa habría resultado sexy.

Ahora que podía mirarla más detenidamente, vio que sus ojos eran de color ámbar y tenían reflejos verdes y dorados.

—La verdad es que no hay mucho en Hunter's Landing.

Eso sí que era quedarse corto.

—Siempre puede ir a Clearwater, que tiene una terraza con vistas al lago.

Sí. Podía imaginar una cena romántica, con la luz de la luna reflejándose en el agua, tras la que se retirarían a la casa. Beberían unas copas de vino tinto o quizá se darían un baño bien caliente, todo ello escuchando jazz. Después le quitaría la ropa y le haría el amor en la enorme cama del dormitorio principal.

—Tiene buena pinta... —hizo una pausa, intentando pensar con claridad. —No me ha dicho su nombre.

—Kelly.

—Kelly —le tendió la mano. —Ryan.

Le estrechó la mano. Tenía los dedos linos y delicados. Ryan tuvo la sensación de que el momento se alargaba eternamente hasta que ella retiró la mano finalmente.

—¿Cómo quiere pagar la compra? —preguntó Kelly.

Mientras sacaba la cartera, Ryan se preguntó si eran imaginaciones suyas o si realmente le había temblado la voz.

—Con tarjeta.

Ella sonrió.

—Muy bien.

Era una magnífica vendedora y, habiendo crecido como heredero de los almacenes Sperling, Ryan sabía de lo que hablaba.

—Me encantaría que me acompañara a Clearwater —dijo mientras le daba la tarjeta. Últimamente había comido solo demasiado a menudo. —¿Estaría libre para cenar mañana, Kelly...? Creo que no me ha dicho su apellido.

Al día siguiente era sábado. Perfecto.

—Hartley —dijo tranquilamente.

Mientras ella miraba la tarjeta, Ryan sintió un escalofrío. Una de las muchas amantes de Webb Sperling había sido una mujer que se apellidaba Hartley... que tenía una hija llamada Kelly.

La sonrisa de Kelly desapareció en el mismo instante en que se congeló la de él. Vio cómo sus ojos se abrían de par en par y se quedaba boquiabierta.

«Maldita sea».

Parecía que ambos se habían dado cuenta al mismo tiempo.

Ryan volvió a maldecir entre dientes. Dios, había estado a punto de dejarse seducir por una fulana, igual que su padre. Pero no lo había hecho. Afortunadamente, él no tenía la misma debilidad que Webb Sperling por las mujeres fáciles.

Llevaba toda la vida esforzándose para evitar que lo compararan con su padre. Por suerte, físicamente se parecía a su madre, que había sido una belleza de pelo oscuro hasta que se la había llevado el cáncer, igual que había hecho con su amigo Hunter.

Kelly era muy hermosa, justo como le gustaban las mujeres a Webb Sperling. Hermosas y sedientas de dinero. Ahora comprendía por qué había dicho que la prometida de Dev era una chica con suerte.

Desde luego había elegido muy bien dónde poner su tienda. Tahoe era el lugar al que acudía la gente de dinero. Parecía que, al igual que su madre, Kelly tenía un sexto sentido para encontrar el dinero fácil.

Pero si de él dependiera, Venus no se saldría con la suya.

—Eres el hijo de Webb Sperling —dijo ella.

—Y tú la hija de Brenda Hartley —respondió él en tono grave.

¿Cómo no lo había reconocido?

Estaba claro por qué no, se dijo Kelly; hacía más de diez años que no lo veía, desde antes de que ella se hubiera marchado de Clayburn y él se hubiera convertido en un millonario asediado por la prensa. Desde entonces había leído algún que otro artículo sobre sus negocios, pero eso era todo.

Por supuesto, los años lo habían cambiado.

Ni rastro quedaba ya de aquel adolescente desgarbado; ahora era un hombre fuerte y guapo como una estrella de cine. A pesar de que ella era alta y llevaba tacones, Ryan sobrepasaba su altura ampliamente. A diferencia de Webb Sperling, que era rubio y de ojos azules, Ryan tenía el cabello oscuro y los ojos de color chocolate. Parecía un dios romano.

Se le había cortado la respiración al verlo entrar por la puerta. Ya

le había parecido impresionante cuando era una adolescente, pero entonces sólo se había atrevido a mirarlo de lejos y se habría quedado muda si Ryan Sperling se hubiera dignado a hablar con ella. Sólo era dos años mayor que ella, pero su actitud de chico malo siempre lo había hecho parecer más sofisticado y maduro que ella.

Nunca había estado realmente enamorada de él... Era demasiado pragmática, pero desde luego era consciente de su atractivo.

En el pueblo siempre se había rumoreado que Ryan había estado al corriente de las aventuras de su padre y que lo había detestado por ello. La madre de Ryan había muerto en la misma época en la que Webb Sperling había estado con Brenda Hartley y, poco después, Ryan se había marchado a la universidad y nadie había vuelto a verlo por Clayburn desde entonces.

—Es una extraña coincidencia —dijo mientras lo observaba.

La expresión de su rostro se hizo aún más dura. Era evidente que sabía lo que había habido entre sus padres.

—Quizá no sea tan extraño —respondió él.

—¿Qué quieres decir? —la tensión se apoderó de ella.

—Me extraña que no me reconocieras en cuanto entré en tu tienda.

Ella frunció el ceño.

—¿Y por qué iba a fingir que no te había reconocido?

—Quizá se te ocurrió impresionarme con la esperanza de que yo les dijera a los Sperling lo buena empresaria que eres.

Kelly lo miró con los ojos muy abiertos. Estaba al tanto de sus negociaciones con Webb Sperling para incluir sus diseños en los grandes almacenes.

Sintió que se le sonrojaban las mejillas y la invadió una incómoda sensación. Aún le resultaba incómoda la idea de aceptar un favor del odioso ex amante de su madre, por muy deseosa que estuviese de hacer realidad sus sueños profesionales.

Él esbozó una fría sonrisa.

—Como un chef que finge no saber que hay un crítico gastronómico en su restaurante —miró a su alrededor con desdén. —El problema es que te ha salido mal la jugada, porque últimamente no veo demasiado a Webb Sperling.

Lo que quería decir que la relación de Ryan con su padre no había mejorado con los años. El rebelde adolescente parecía haberse apartado definitivamente de su progenitor.

—Si es así, ¿cómo podrías estar al corriente de cualquier posible trato con la empresa?

Las negociaciones no habían hecho más que empezar. De hecho, aún no había visto el contrato.

—Tengo buenas fuentes de información.

Kelly enarcó una ceja. Le resultaba difícil imaginar que Ryan estuviese metido en el espionaje industrial.

—¿Espías?

—No puede haber espionaje dentro de la misma familia —aseguró él.

—Y menos en una familia tan bien avenida —replicó Kelly.

Sabía que la empresa propietaria de los grandes almacenes pertenecía exclusivamente a diversos miembros de la familia.

—Yo no soy como mi padre —dijo mirándola de arriba abajo. —Es más de lo que puede decirse de ti.

Aquello la hizo tensarse un poco más.

—Ahora que lo pienso, debería haber sido yo el que te reconociera a ti. No sé cómo no me he dado cuenta de lo mucho que te pareces a tu madre.

Sintió cómo le subía el calor a las mejillas de nuevo y la furia crecía dentro de ella. Llevaba muchos años asegurándose de no parecerse en nada a su madre. Había trabajado mucho para llegar donde estaba y, a diferencia de otros, no había tenido una familia rica que la respaldase.

No podía evitar tener una figura curvilínea y el pelo cobrizo como su vividora madre. Pero ahora la gente de Tahoe la conocía como la propietaria de un pequeño negocio de éxito y era un miembro respetable de la comunidad. Era exactamente lo que quería ser.

—Deje que lo acompañe a la puerta —consiguió decir apretando los dientes.

Ryan tiró unos billetes sobre el mostrador, mucho más de lo que valían los dos candelabros de cristal.

—Es mi contribución a la causa.

CAPÍTULO 02

—¡Vaya! ¿Quién era ése? —preguntó Erica al entrar por la puerta de la tienda, por la misma que acababa de salir Ryan. —Parecía peligroso.

—Más bien irritante —respondió Kelly arrugando la nariz; aún estaba que echaba chispas por la actitud de Ryan.

Kelly había contratado a Érica como empleada a media jornada y ahora la guapa madre de dos hijos llegaba para empezar a trabajar.

Erica miró los billetes que había sobre el mostrador.

—Yo diría que le ha gustado mucho lo que ha visto.

—Sí —asintió Kelly con cierta ironía. —Hasta que se ha dado cuenta de quién era yo. El señor peligroso era Ryan Sperling.

Erica abrió los ojos de par en par.

—Sí —confirmó Kelly. —El hijo de Webb Sperling.

Volvió a mirar al mostrador. Ryan había dejado el doble de lo que costaban los candelabros.

«Maldito Ryan Sperling», pensó. Había hecho que se sintiera sucia por aceptar su dinero, igual que se sentía sucia por hacer negocios con Webb Sperling.

—Es una lástima que haya resultado ser alguien con el que jamás querrías ningún tipo de relación —opinó Erica. —Porque es el tipo más guapo que ha entrado a la tienda desde hace meses.

—No me he fijado —«mentirosa, mentirosa».

—¿Qué está haciendo en Tahoe? —preguntó Erica al tiempo que recogía los billetes.

Kelly se encogió de hombros.

—Supongo que está de vacaciones. Con un poco de suerte no volveré a encontrarme más con él.

Le contó a Érica lo que había sucedido con Ryan. Desde que la había contratado hacía tres años, Erica se había convertido en una buena amiga. Aunque Kelly siempre tenía mucho cuidado con qué contaba a la gente sobre su pasado, a ella le había contado todo lo relacionado con su infancia en Clayburn y sobre la aventura de su madre con Webb Sperling. Erica sabía también que estaba en negociaciones con Sperling, Inc.

—Por lo que me estás contando —dijo Erica al final, —no parece que le haga mucha gracia que hagas negocios con Webb Sperling.

—No es asunto suyo.

Sin embargo y, por muy firme que pareciera al respecto, lo cierto era que tenía una incómoda sensación.

—De todas maneras, quizá fuera mejor que firmaras el contrato con Webb cuanto antes —le sugirió Erica.

«Estoy completamente de acuerdo», pensó Kelly.

—Voy a seguir abriendo las cajas de pedidos que llegaron ayer —anunció su empleada.

—Gracias.

En cuanto Erica se metió en el almacén, Kelly se quedó a solas con unos pensamientos que no podía apartarse de la cabeza.

El encuentro con Ryan Sperling la había afectado más de lo que estaba dispuesta a admitir ante Erica. Aquel hombre rebosaba poder, incluso cierta crueldad, dos cosas que la ponían muy nerviosa.

Por lo que él mismo había dicho, Kelly deducía que no tenía relación alguna con su padre, por lo que no podría entrometerse en sus negociaciones con Sperling, Inc. ¿O quizá sí?

Sabía por la prensa que Ryan había ganado una fortuna comprando empresas de cable. También había leído que había heredado de su abuelo paterno algunas acciones del negocio familiar, pero al margen de eso, no creía que tuviera nada que ver con los grandes almacenes Sperling.

Por otra parte, Ryan parecía deseoso de frustrar los planes de su padre, sobre todo si tenían algo que ver con su antigua amante.

De alguna manera Ryan sabía que Kelly estaba intentando introducir sus productos en los almacenes Sperling y no parecía muy contento con ello.

Kelly meneó la cabeza con frustración. No se habría encontrado en aquella situación si no le hubiese contado a su madre más de lo que debía. No dejaba de lamentar haberle dicho a Brenda que esperaba encontrar una Tienda de escala nacional en la que poder vender sus diseños.

La última vez que su madre había pasado por Tahoe le había pedido un «pequeño préstamo» porque, una vez más, tenía problemas de dinero. Kelly se lo había dejado sabiendo que nunca lo recuperaría.

Brenda había aprovechado la ocasión para echar un vistazo a la tienda.

—Estos joyeros son preciosos, querida —le había dicho.

—Gracias. He encontrado un fabricante que los hace siguiendo mis diseños. Los vendo aquí, pero espero encontrar una manera de llegar a más gente.

Pensaba que si aquellos diseños se vendían bien en la tienda, lo harían también en una gran cadena. Su sueño no era vender productos de otros diseñadores sino crear un negocio nacional, y quizá incluso internacional, que comercializaría sus propios diseños.

—¿Una tienda más grande? —le había preguntado su madre abriendo el joyero con sus manos de uñas rojo pasión, el mismo color del pintalabios.

No era la primera vez que Kelly deseaba que su madre fuera un poco más discreta. Aquellos colores estaban bien para la televisión o para la corista de Las Vegas que había sido Brenda en otro tiempo, pero a plena luz del día y en un lugar como aquél, resultaban demasiado chillones.

Pero claro, pensó Kelly, la vida de su madre a veces parecía un serial televisivo en el que un maquillaje como el que solía llevar no desentonaba en absoluto. A pesar de haber alcanzado ya la cincuentena, Brenda seguía viviendo a toda velocidad. Durante la adolescencia, Kelly se había avergonzado a menudo de la actitud despreocupada de su madre, que bebía, fumaba y salía de fiesta continuamente. Ahora tenía la impresión de que ciertas cosas nunca cambiarían.

—Sí, me gustaría asociarme con una cadena que tenga tiendas en todo el país —había dicho en respuesta a la mirada de su madre, —pero hay mucha competencia, sobre todo en las tiendas más importantes.

—¿Como Sperling?

Brenda le había leído el pensamiento, había dado voz a sus fantasías.

—Yo podría llamar a Webb y...

—No —había dicho ella de inmediato, pues había tenido la certeza de que no era una buena idea volver a meter a Webb Sperling en sus vidas.

—Está decidido —había anunciado Brenda con alegría. —Mañana mismo lo llamaré...

—No.

Pero su madre ya tenía la cabeza en otra cosa.

—Sigue casado con esa golfa de Roxanne, pero seguimos teniendo muy buena relación.

Por lo que Kelly sabía, hacía ya años que Webb y Brenda no eran amantes, pero con ellos dos nunca se sabía. Webb era un adúltero redomado y Brenda jamás había tenido el menor reparo a liarse con un casado.

Kelly había cerrado los ojos con pesar al imaginar a su madre llamando a Webb para pedirle un favor y entonces se le ocurrió que quizá fuera algo que hacía de vez en cuando; quizá también a él le pidiera «pequeños préstamos».

Finalmente había conseguido disuadir a Brenda de la idea de llamar a Webb, o eso había creído ella porque dos semanas después había recibido una llamada del mismísimo Webb. Su tono había sido demasiado cordial, casi empalagoso.

Lo cierto era que no había tenido la fuerza de voluntad de resistirse a lo que él le había ofrecido, porque era ni más ni menos que su

sueño.

Pero ahora se había topado de lleno con el ángel vengador, alguien que despreciaba a Webb Sperling y todo lo relacionado con él. Su hijo.

De todas maneras, la actitud de Sperling seguía indignándola. No comprendía cómo tenía el valor de juzgarla.

Siendo ambos adolescentes en Clayburn, él había sido el heredero de la familia más rica del pueblo y ella la hija de la bomba sexual del lugar, con la que vivía en una casa desvencijada en el peor barrio de la localidad. Por supuesto que su madre había tenido una aventura con el padre de Ryan, pero sólo porque al señor Sperling le gustaban las mujeres barriobajeras y llamativas.

Ryan y ella siempre habían pertenecido a mundos completamente diferentes; en aquellos tiempos su única relación había consistido en cruzarse alguna vez por el pueblo. El había estudiado en los colegios privados más exclusivos, mientras que ella había sido alumna del instituto del pueblo.

Aunque había tenido reputación de problemático, dicha rebeldía no le había impedido entrar en Harvard. Ella, por el contrario, había tenido que esforzarse en una universidad pública hasta conseguir su título en Dirección y gestión de empresas.

Esa misma voluntad de seguir adelante con éxito hizo que en aquel momento agarrara el teléfono que había sobre el mostrador. Necesitaba sacarse aquella intranquilidad de la cabeza, o al menos intentarlo.

Habló en cuanto la secretaria de Webb contestó al teléfono.

—Quería hablar con el señor Sperling, por favor.

—¿Quién lo llama?

—Kelly Hartley, de *Triste Éxito.*

—Espere un momento, por favor, voy a ver i está disponible —respondió la secretaria.

Después de una tensa espera de varios minutos, por fin oyó la voz de Webb al otro lado j de la línea.

Temía que no estuviera en la oficina un | viernes por la tarde.

—Kelly, ¿qué puedo hacer por ti, guapa? —preguntó Webb amablemente.

Odiaba que la llamara guapa, pero parecía el apelativo preferido de Webb.

—Gracias por atenderme —comenzó a decir ella.

—No es necesario que seas tan formal, guapa. Somos viejos amigos, ¿no es cierto? La próxima vez sólo tienes que decirle a mi secretaria que eres Kelly, nada más.

—Verás, quería saber cómo iban las cosas respecto al pedido de productos de Triste Éxito —explicó sin hacer caso de su invitación.

Webb suspiró.

—Guapa, debes tener paciencia. Ya he hecho llegar toda la información a los que se encargan de eso.

—Sí, pero...

—Tenemos una especie de comité que tiene que aprobar la entrada de cualquier nuevo diseñador.

Kelly ya había oído aquel discurso antes, pero habían pasado semanas sin recibir noticia alguna de dicho comité.

—Lo sé, pero como ya hace algún tiempo desde que...

—Escucha, guapa, ahora tengo una reunión a la que no puedo faltar. Saluda a tu madre de mi parte, ¿de acuerdo?

Webb puso fin a la llamada sin darle tiempo a protestar.

Kelly estaba segura de que esa reunión era en realidad una partida de golf.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Erica al salir del almacén.

—Acabo de llamar a Webb Sperling para ver cómo iban las cosas, pero no me ha servido de nada —respondió. —Me ha dicho que tengo que tener paciencia y todas esas cosas.

—¿Sigues pensando en el encuentro con Ryan Sperling?

—Entre otras cosas.

Erica meneó la cabeza.

—No dejes que ningún hombre te afecte tanto. Créeme, no merece la pena —hizo una pausa y sonrió con malicia—... sobre todo si ni siquiera te acuestas con él.

De pronto apareció en su cabeza la imagen de Ryan y ella haciendo el amor y sintió un escalofrío.

Intentó borrar dicha imagen a toda velocidad.

Estaba enferma, completamente enferma por pensar de ese modo en Ryan después de que la hubiera acusado de ser poco menos que una mujerzuela y de dejar bien claro lo que opinaba de su negocio.

Era evidente que era un cretino con mucho rencor acumulado, algo que ella no necesitaba porque ya tenía suficientes cuentas pendientes con el pasado.

Erica le pasó la mano por delante de la cara.

—La Tierra llamando a Kelly —dijo tratando de sacarla de su ensimismamiento.

—Lo siento —dijo ella.

—¿Es por algo que yo haya dicho? —bromeó su ayudante. —Puede que Ryan sea un cretino, pero no se puede negar que es un cretino rico y guapo.

—Te recuerdo que estás casada y tienes dos i hijos.

—Sí, pero no estoy muerta.

—¿Qué crees que diría Greg?

Greg, el marido de Erica, era un fornido bombero.

—La verdad es que la idea de Greg dándole una paliza a Ryan me resulta muy atractiva —añadió Kelly con una sonrisa traviesa.

—Creo que sería una pelea muy igualada —aseguró Erica. —Ryan Sperling no parecía ningún endeble.

Kelly se obligó a sí misma a cambiar de tema de conversación, pues no quería seguir pensando en él.

—Ah, se me había olvidado decírtelo. Me han contratado para decorar la casa de la que te hablé.

—¡Genial! —exclamó Erica dando una palmada.

—Ayer volví a reunirme con Meri y firmé el contrato.

Erica y ella llevaban hablando de aquella misteriosa casa desde que la mujer encargada de cuidarla, Meri, apareció por la tienda y les habló de la posibilidad de decorarla sin darles demasiados detalles sobre el inmueble. Por fin el día anterior, cuando Kelly se había reunido a solas con ella, Meri le había dado algo más de información sobre aquella lujosa casa que tantos rumores había ocasionado durante los casi doce meses que había durado su construcción.

—Parece ser que la casa se va a transformar en un centro de apoyo para enfermos de cáncer —le explicó a Erica.

—La cosa se pone interesante.

—Oficialmente, Triste Éxito ha sido contratada por la Fundación Hunter Palmer, que es quien tiene el permiso de construcción inicial. La casa nunca llegó a amueblarse del todo y ahora hay que completar la decoración tan pronto como sea posible.

—¿Y por qué no siguen con el decorador original?

—La empresa está muy ocupada en estos momentos para aceptar más trabajo —algo que había resultado muy beneficioso para ella— Meri quiere que el proyecto esté terminado en unas semanas para no causar demasiados inconvenientes a los futuros ocupantes.

Erica frunció el ceño.

—Eso va a ser mucho trabajo para ti.

Pero Kelly sonrió.

—Ningún sacrificio es demasiado para Triste Éxito.

—Tienes que aflojar un poco.

—Y lo haré cuando haya conseguido que Triste Éxito alcance el éxito. Quiero ver el nombre de mi negocio en todos los salones, en todos los baños...

—Madre mía, trabajo para una megalómana.

Kelly se echó a reír. Prácticamente había olvidado lo mal que había empezado el día.

—Bueno, ¿cuándo empiezas?

—Iré a la casa el domingo, aprovechando que la tienda estará cerrada. Meri me dio la llave de la puerta principal; ella está siempre viajando a Los Ángeles y quería asegurarse de que yo pudiera entrar.

Parece ser que la casa estará ocupada todo el próximo mes, pero están al corriente del proyecto de decoración.

Meri no le había dicho quién era el ocupante, pero en el pueblo se rumoreaba que había habido un hombre en marzo, otro en abril y un tercero en mayo. Kelly suponía que estarían allí de vacaciones y que habían alquilado la casa por temporadas.

—¿Necesitas que te acompañe? —le preguntó Erica.

Kelly negó con la cabeza.

—El domingo es el único día que tienes para estar con tus hijos. Además, no te preocupes porque, ahora que ya he visto la casa, creo que sé lo que Meri espera que haga con ella.

De hecho estaba deseando que llegara el domingo para meterse de lleno en el proyecto. ¡Y que se atreviera Ryan Sperling a entrometerse en su sueño!

El domingo por la mañana, Kelly se despertó temprano y fue hasta la casa.

Aunque el proyecto de decoración iba a ocupar su tiempo libre, quería aprovechar la oportunidad de tener un lugar en el que mostrar sus diseños. Sabía perfectamente lo competitivo que era el mundo de la decoración, pero llevaba años trabajando para estar a la altura.

En cuanto salió del coche observó el edificio de piedra y madera desde el que había una magnífica vista del lago Tahoe.

No parecía que hubiera nadie, pero llamó al timbre varias veces y esperó hasta estar segura de que no había respuesta antes de abrir con la llave que le había dado Meri.

El salón principal volvió a impresionarla. Una enorme chimenea dominaba una de las paredes y, frente a ella, había dos cómodas butacas. Del techo abovedado colgaba una bonita araña de metal. El ventanal introducía el lago en la habitación, permitiendo ver el brillo del agua bajo el sol de la mañana.

Se dio media vuelta y miró la escalera que, según le había dicho Meri, conducía al dormitorio principal y a las habitaciones de invitados. Hasta el momento, sólo había dos cuartos amueblados.

Un ruido hizo que se diera media vuelta. Ya no estaba sola.

—¿Qué demonios...?

Ryan Sperling, cubierto tan sólo por una toalla que llevaba alrededor de la cintura, la miraba desde la puerta que conducía al porche. Por el torso desnudo le caían gotas de agua y en su rostro había una expresión de furia que le cortó la respiración.

Kelly no pudo evitar observar su pecho musculado, su vientre plano y las piernas Inertes.

Por su anterior visita, sabía que en el porche trasero había una

bañera de hidromasaje, así que supuso que Ryan acababa de darse un baño en ella.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Yo... —la sorpresa la había dejado sin habla.

—Si se trata de un intento desesperado para conseguir que yo convenza a los grandes almacenes Sperling de que hagan negocios contigo, ya puedes olvidarlo.

No podía creer la arrogancia de aquel hombre. Ya le había dicho que no tenía relación con Webb Sperling. ¿Acaso pensaba que acudiría a él para suplicarle que utilizara su influencia con su padre? Parecía que sí.

La expresión de su rostro se hizo aún más oscura.

—Si pretendes secuestrarme o algo así, debo decirte que tengo los mejores abogados del país.

Ahora era ella la que sentía verdadera furia.

—No tienes por qué preocuparte. Secuestrarte es lo último que se me pasaría por la cabeza.

—¿Cómo me has localizado?

—Muy fácil —replicó ella con gesto irónico. —Sólo he tenido que seguir el rastro de mujeres que caen a tus pies.

El sonrió sin la menor simpatía.

—Te diré que las mujeres no se desmayan por mí, se limitan a darme su número de teléfono. Ésta es la primera vez que una se me cuela en casa sin haber sido invitada.

—Pues va a costarte mucho echarme —le dijo con satisfacción.

—¿Y eso por qué?

—Porque soy la nueva decoradora.

CAPÍTULO 03

Ryan pensó que si seguía hablando, conseguiría no excitarse.

La señorita dulce y acida era la última persona que esperaba encontrar en el interior de la casa, aunque lo cierto era que había tenido un increíble sueño erótico con ella la noche anterior. De hecho, nada más verla, había pensado por un momento que aún estaba soñando.

La rabia que había sentido al despertar y darse cuenta de con quién había soñado, unida al esfuerzo de controlar el recuerdo de dichas fantasías, hicieron que estuviera algo brusco con ella.

—Meri me dijo que vendría una decoradora —dijo con tono frío, —pero también dijo que llamaría al timbre.

—Yo he llamado al timbre —se defendió Kelly de inmediato, —pero no he obtenido respuesta alguna.

—Estaba en la bañera —replicó él secamente. —No lo he oído. Cuando por fin he oído algo, he tardado un poco en acudir a abrir la puerta.

—Es evidente.

Estupendo, pensó Ryan. Era la primera vez que tenía la oportunidad de darse un baño verdaderamente relajante desde quién sabía cuándo, y ahora tenía que enfrentarse con ella.

La indumentaria que llevaba no estaba siendo de mucha ayuda precisamente. La falda de cinturilla alta y los tirantes le resaltaban los pechos de un modo muy peligroso.

—He llamado tres veces —dijo ella.

—Yo sólo he oído dos.

—¿Estás llamándome mentirosa? —preguntó levantando la barbilla con gesto desafiante.

—De tal palo tal astilla —replicó él con una gélida sonrisa.

—Lo mismo digo —estiró el cuello para mirar hacia la puerta por la que había aparecido él. —¿Estabas acompañado?

Ryan frunció el ceño.

—No.

—Me sorprende.

Aquella mujer era de lo más irritante. Pero lo peor de todo era que si realmente la habían contratado como decoradora, tendría que ir por allí a menudo y eso no le hacía ninguna gracia.

—No he visto ningún coche al llegar —dijo ella.

—Está en el garaje.

—Ah.

—¿Cuánto se supone que tardarás en hacer ese maldito trabajo de decoración?

Kelly apretó los labios antes de responder.

—Varias semanas. Y por favor, no te refieras a ello como «maldito trabajo», algunos tenemos que trabajar para vivir.

—O contar con la generosidad de los «amigos» —añadió él.

Seguramente como hija de Brenda Hartley tendría un sexto sentido para encontrar a los hombres ricos. Desde luego, físicamente se parecía a su madre: la misma figura voluptuosa, el mismo cabello rojizo... y la misma voz de sirena que atraía a los hombres hacia la perdición.

—Dejemos a la familia al margen de esto —le pidió ella.

—No puedo, porque tú sigues intentando sacar provecho de ello.

—¡Sólo es un negocio!

—Para Webb Sperling nada es sólo un negocio si hay una mujer atractiva de por medio.

Ella se quedó boquiabierta al oír aquello, pero no tardó en reaccionar.

—Según he leído en la prensa, no eres más que uno de los múltiples miembros de la familia con una pequeña participación de la empresa, así que no creo que puedas hacer nada para frenar el contrato entre Sperling, Inc. y yo.

—Aún no hay ningún contrato.

A pesar de la bravuconería de Kelly, Ryan tuvo la sensación de que le preocupaba que realmente él pudiera hacer algo que pusiera en peligro sus negocios con Webb Sperling.

—Escucha, todo esto me hace tan poca gracia como a ti, así que será mejor que lleguemos al acuerdo de mantenernos alejados el uno del otro. La próxima vez, llamaré al timbre hasta que responda alguien o llamaré por teléfono antes de venir.

—Me alegra oír eso, pero no habrá próxima vez —dijo él agarrando el teléfono inalámbrico que había sobre la mesa. —Ahora mismo voy a llamar a la encargada de la casa para que posponga la decoración o, mejor aún, que la cancele.

Cuanto más tiempo estaba frente a ella casi desnudo, más le costaba no pensar en sexo y eso hacía que cada vez estuviese más furioso, con ella y consigo mismo.

—No te atreverás —dijo Kelly yendo hacia él.

Se detuvo a menos de un metro mientras él marcaba el número que le había dado Meri. En cuanto oyó su voz al otro lado, Ryan le explicó el problema.

—No lo entiendo —dijo Meri. —Cuando le conté los planes para decorar la casa me dijo que no tenía ningún problema.

—Eso fue antes de saber a quién había contratado. La señorita Hartley y yo tenemos —¿cómo demonios podría explicarlo?—... nos conocemos de antes. En realidad, son nuestras familias las que se conocen.

No tenía la menor idea de por qué protegía a su padre y no decía su nombre directamente. Ese granuja desgraciado merecía eso y mucho más.

—Imagine que yo soy amigo del marido y ella de la mujer y acaba de haber un divorcio —trató de resumir con más calma. —Estamos en lados diferentes de la valla.

Meri suspiró con fuerza. —Me temo qué no hay nada que yo pueda hacer. Es la Fundación Hunter Palmer la que ha contratado a la señorita Hartley y ha fijado la fecha en la que debe hacerse el trabajo para molestar lo menos posible. Si pone esto en manos de abogados, no conseguirá nada antes de que acabe su estancia en la casa. Lo siento.

«Maldita sea».

—Comprendo —dijo en lugar de dar voz a sus pensamientos.

Cuando por fin colgó, Kelly lo miró con curiosidad.

—¿Y bien?

Ryan la observó en silencio durante unos segundos antes de responder:

—Sólo asegúrate de no cruzarte en mi camino —dijo a modo de explicación— Quiero que me avises de cuándo vas a venir... ¡y llama al maldito timbre!

Y, diciendo eso, comenzó a subir la escalera que conducía hacia la habitación principal para ponerse algo de ropa.

La estancia en Tahoe no había empezado nada bien. Primero se encontraba con Kelly Hartley y ahora descubría que iba a tener que estar viéndola durante todo el mes.

Y la boda a la que había asistido el día anterior tampoco le había ayudado mucho.

Después de ver lo mal que se llevaban sus padres durante toda la infancia, Ryan nunca había sentido ninguna simpatía por las bodas. Sin embargo, no había podido negarse a ser el padrino de Dev. Hasta un cínico que no creía en el matrimonio como él se veía obligado a admitir que Nicole y Dev hacían muy buena pareja, pero la boda del día anterior era lo más cerca que estaría nunca de pasar por el altar.

Al pasar por la salita del piso de arriba, miró una foto de Hunter que había en la pared.

«Maldito Hunter». ¿Por qué no se habría limitado a donar un montón de dinero a organizaciones benéficas? ¿Por qué enredar a todos sus viejos amigos de la universidad y obligarlos a participar en aquella ridiculez?

No tenía ningún sentido.

Ryan había accedido a cumplir su parte del trato con la confianza de que Hunter tendría sus razones para hacerlo, pues siempre había sido el más inteligente del grupo. El hecho de que cumpliendo su

promesa estaría contribuyendo a ayudar a enfermos de cáncer había sido un importante incentivo. El mismo había donado generosas sumas de dinero a organizaciones que luchaban contra el cáncer.

Quizá la prematura muerte de su madre a causa de un cáncer de pecho cuando él tenía diecisiete años también lo hubiera impulsado a honrar el deseo de su difunto amigo.

Kelly vio alejarse a Ryan.

«Cretino».

Después sintió un profundo pesar.

No podía creer que fuera a tener que decorar la casa mientras él estaba allí. Con lo entusiasmada que había estado con el proyecto, ahora se sentía atrapada.

Sin embargo, no podía olvidar su reacción al verlo aparecer con esa toalla. Antes de poder hablar la había invadido un calor insoportable; había sentido la atracción instintiva de una mujer hacia un hombre.

No podía olvidar su pecho, sus pronunciados bíceps y sus piernas... el cuerpo de un hombre que hacía ejercicio sin ser obsesivo al respecto.

No había visto nada excesivo en él... excepto quizá bajo esa toalla blanca que contrastaba con su piel oscura.

Volvió a sentir aquel calor con sólo recordar la imagen.

Tenía que recordar quién era Ryan y quién era ella.

No podía sentirse atraída por Ryan Sperling.

Ella no era como su madre. Ella no buscaba una aventura rápida con un hombre rico que le daría algún dinero y luego la abandonaría sin pensárselo dos veces. Llevaba toda la vida luchando para no ser tan tonta, tan despreocupada... tan promiscua.

Pero aunque lo fuera, sería una locura serlo precisamente con Ryan Sperling, el hijo del antiguo amante de su madre que además la detestaba.

Igual que ella detestaba la arrogancia y el desdén con que la trataba.

¿Qué era lo que había dicho? «De tal palo tal astilla».

Ryan Sperling no sabía absolutamente nada de ella. No sabía lo mucho que había trabajado y lo lejos que había llegado.

Y si ella debía estar avergonzada de sus mayores, también debía estarlo él, que era el hijo de un adúltero consumado.

Para colmo de males, había visto el deseo reflejado en su rostro cuando la había visto en la casa. Aun sabiendo quién era ella, no había sido capaz de contenerse.

Ryan Sperling se sentía atraído por ella por mucho que detestara

la idea, pensó con una sonrisa en los labios.

Con esa idea en la cabeza, se dirigió hacia las habitaciones que debía decorar y pasó la siguiente media hora midiéndolas y tomando notas. Después de eso, dio otra vuelta por la casa pensando en los colores y en los muebles que le iban al lugar; sin duda debían ser tonos cálidos y muebles grandes y cómodos.

Cuando le sonó el móvil, Kelly respondió con gesto ausente.

—Hola —dijo Erica al otro lado al oír su voz. —Sólo quería saber qué tal va todo.

—No te vas a creer quién está alojado en la casa —dijo Kelly en voz baja, como si las paredes fueran de papel; no quería arriesgarse a que Ryan pudiera oírla.

—No me tengas así —le pidió Erica riéndose, —tengo dos hijos, quizá no llegue a mañana.

—Ryan Sperling.

—¿Qué?

—Creo que en este caso, soy yo la que tiene menos esperanzas de seguir con vida —aseguró con un sentido del humor algo morboso. —Me moriré teniendo que trabajar con él por aquí.

Ryan había querido a Hunter como a un hermano, pero eso no hizo que durante los siguientes días dejara de maldecirlo.

Estaba encerrado en el dormitorio principal intentando no dejarse distraer por los ruidos procedentes de otros lugares de la casa y tratando de hablar con su abogado.

No resultaba nada fácil organizar una operación clandestina en tales circunstancias.

—¿Crees que venderá? —preguntó en voz baja.

Oliver, el primo de su padre, era el último miembro de la familia al que había acudido para ofrecerse a comprarle sus acciones por una cuantiosa cantidad. Los otros habían caído fácilmente, tentados por una fortuna que les permitiría vivir de vacaciones para siempre.

—Parece que por fin lo hemos convencido —respondió Dan.

Ryan se echó a reír sin alegría.

—Deben de ser mis encantos.

Oliver había dedicado toda su vida a los coches, las mujeres y el dinero.

—Más bien los encantos de tu dinero —matizó el abogado.

Con las acciones de Oliver, Ryan por fin tendría una participación suficiente para controlar los grandes almacenes Sperling, suficiente para echar a Webb Sperling, pensó con orgullo.

Ya podía saborear la victoria, pero los años de experiencia en el negocio le habían enseñado a contener sus emociones y a no contar

con nada hasta que fuera completamente seguro.

Aunque ya contaba con la palabra de otros miembros de la familia, no había comprado las acciones hasta estar seguro de que tendría también las de Oliver, pues no quería que Webb se enterara hasta el último momento, cuando el control de Ryan fuese algo definitivo.

—Todos quieren vender mientras puedan —continuó diciendo Dan. —Los miembros de la familia tienen la impresión de que Webb Sperling se ha limitado a vivir de las rentas y que no está haciendo nada para mejorar o mantener la posición de la empresa frente a sus competidores.

—La gestión de mi padre lleva más de una década siendo un desastre —aseguró Ryan. —Para cambiar las cosas tendría que tener una disciplina que jamás ha conocido.

Webb Sperling se había convertido en director general y presidente del consejo de administración de los almacenes Sperling tras la muerte prematura de su hermano mayor, que a su vez había sucedido al abuelo de Ryan.

Todo el mundo en el ambiente empresarial creía que Webb había sido un jefe ausente y que la mayoría de las decisiones las tomaban los que se encontraban por debajo de él.

—Bueno, parece que por fin has encontrado el número mágico de Oliver—señaló Dan.

—Todo el mundo tiene un precio —respondió Ryan, lleno de cinismo. —Ahora que tenemos la palabra de Oliver, quiero que la transferencia de acciones se haga cuanto antes, no quiero que tenga tiempo de cambiar de opinión.

—En este mismo momento estoy mandando la documentación a su abogado.

Una vez acabada la conversación con Dan, Ryan miró a su alrededor. Un ruido procedente del piso de abajo le recordó que Kelly estaba en la casa.

«Maldita sea».

Se sentía atrapado, algo a lo que no estaba acostumbrado y que no le gustaba nada.

Otro golpe más fuerte se oyó en otra parte de la casa.

Ryan volvió a maldecir y se dirigió a la puerta.

CAPÍTULO 04

Ryan se detuvo en seco al llegar a una de las habitaciones que quedaba sin amueblar; la imagen que allí encontró lo dejó totalmente paralizado.

Kelly estaba sentada en el suelo rodeada de cajas de cartón, rollos de tela y una vieja escalera de madera.

Levantó la mirada hacia él con gesto distraído y Ryan no supo si enfadarse o sonreír. No estaba acostumbrado a que una mujer lo mirara sin apenas verlo. Modestia aparte, podía decir que su presencia siempre llamaba la atención entre las féminas.

Ella parecía tan joven allí sentada en el suelo, con el pelo recogido en una coleta y el rostro sin maquillar... Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta rosa en la que parecía que la hubieran metido a presión.

Tras sofocar un ataque de lujuria, Ryan se dio cuenta de que en ese momento se parecía bastante a la jovencita que había sido años atrás. Una joven ansiosa por dejar su huella en el mundo, llena de sueños que estaba impaciente por hacer realidad.

Tuvo que recordarse que, aparte de eso, también era una fresca y una intrigante, igual que su madre.

—He oído un golpe —dijo él. No quería reconocer lo alarmado que se había sentido al pensar que podía haberle pasado algo.

—Me he tropezado con la escalera y se ha caído al suelo una caja —Kelly se encogió de hombros. —No volverá a pasar.

—Te agradecería mucho ese pequeño favor.

La tensión sexual que sentía hizo que sus palabras sonaran ligeramente burlonas. Kelly llevaba tres días seguidos yendo a la casa y su constante presencia estaba empezando a afectarle.

Siempre que aparecía estaba increíblemente provocadora sin llevar nada abiertamente sexual.

El lunes, había llegado con una camisa de rayas que se parecía a las que solía llevar él, excepto que la de ella tenía el cuello y los puños de un blanco brillante. Había combinado la camisa con unos pantalones piratas negros y unos zapatos planos tipo bailarinas.

No había palabras para describir su indumentaria del martes. Había llegado con una especie de blusa de campesina, una falda por las rodillas y unos zapatos de cuadros escoceses que le dejaban los dedos al aire. ¿Quién demonios se ponía zapatos de cuadros escoceses?, había pensado Ryan antes de que su aspecto general hubiese estado a punto de desatar su lujuria.

Aquel día, por suerte, iba vestida con un estilo más normal. Al igual que él, llevaba vaqueros, pero... esa camiseta rosa estaba dándole algunas ideas.


Miró a su alrededor en un intento deliberado por calmarse.

—¿Todo esto los has descargado tú?

—Sí —respondió ella.

—Dime que no tienes la intención de hacerlo todo tú sola.

—¿Tienes una idea mejor? —preguntó en tono defensivo. —Tengo que cumplir el plazo del proyecto y tengo que aprovechar todos los momentos en los que puedo escaparme de la tienda.

—¿Y quién se queda allí?

—Erica, la empleada que entró el viernes justo cuando tú salías. Aunque no es asunto tuyo —añadió tajantemente.

—Tienes razón —admitió él. —No lo es.

Debía marcharse. Inmediatamente.

—Voy a colgar las cortinas de esta habitación.

El mensaje estaba perfectamente claro, esperaba que él se marchara.

—Te vas a matar haciendo este trabajo y al mismo tiempo atendiendo la tienda—dijo sin apenas darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Él mismo había trabajado dieciocho horas al día muchas veces durante su ascenso a la cumbre del mundo de los negocios.

—Puedo hacerlo —afirmó en un tono con el que claramente quería poner fin a la conversación.

—Te echaré una mano.

Kelly parecía tan sorprendida como lo estaba él mismo ante aquel espontáneo ofrecimiento.

—¿Te estás ofreciendo a ayudarme? —dijo después de unos segundos.

Ryan se encogió de hombros, pues ni siquiera él sabía por qué lo había hecho.

—Aquí no hay mucho que hacer.

—¿No estás de vacaciones?

—No del todo —respondió. —Tengo que tener un teléfono y un ordenador cerca.

«Hasta que haya echado a Webb Sperling», añadió para sí.

Debía de estar disponible en todo momento por si Dan necesitaba ponerse en contacto con él.

Kelly cruzó los brazos sobre el pecho. —Muy bien, ¿qué sabes de cortinas?

—Cuando estaba en el instituto, trabajé de voluntario en una organización que ayudaba a hogares de bajos recursos —explicó sencillamente. —Ponían mucho énfasis en las actividades que potenciaban el desarrollo de la personalidad y el trabajo en equipo.

Dos cosas a las que nunca se había dado mucha importancia en la familia Sperling. Pero Ryan había aprendido a utilizar el martillo y el

rodillo.

Kelly dejó caer los brazos.

—¿Por qué quieres ayudarme? Estarías ayudando a mi negocio y ya has dejado muy claro lo que piensas de la dirección en la que lo estoy llevando.

—A lo mejor quiero distraerte para que te olvides de Sperling, Inc. —dijo él con un frío sentido del humor.

—Estoy en contra de ese tipo de sabotajes —afirmó frunciendo el ceño.

Ryan no pudo evitar echarse a reír al ver la sincera expresión de su rostro.

—No comprendo que quieras dedicar tus vacaciones a esto —insistió ella.

—En realidad no estoy de vacaciones exactamente —al ver su cara, Ryan le preguntó: —¿Qué sabes de esta casa y del motivo por el que se construyó?

—Prácticamente nada —respondió ella. —Hubo muchos rumores mientras estaban construyéndola y ahora la gente dice que ha habido un hombre diferente cada mes desde marzo.

—Nathan Barrister, Luke Barton y Devlin Campbell —dijo él, poniendo nombre a dichos hombres. —Todos éramos buenos amigos y compañeros de piso en Harvard. Hunter Palmer también pertenecía al grupo.

—El de la fundación que construyó la casa —recordó Kelly.

—Sí, murió hace algún tiempo —una ola de nostalgia y tristeza se apoderó de él inesperadamente.

Entonces todos ellos habían sido muy jóvenes y habían tenido muchas esperanzas. La vida aún no los había hecho endurecerse.

—Lo siento.

Ryan la miró suavemente.

—Hace ya diez años. Murió de un melanoma poco antes de graduarnos. En su testamento dejó algún dinero para construir esta casa. Si cada uno de los seis que quedamos pasamos aquí un mes, el edificio se convertirá en un centro de recuperación y apoyo para enfermos de cáncer.

—Y ahí es donde intervengo yo con la decoración —añadió por él.

—El problema es que has tenido que intervenir precisamente en el mes que me tocaba a mí —agregó Ryan con sequedad.

Pero, por primera vez, la situación le resultó cómica.

Kelly miró a Ryan mientras él sujetaba la barra de las cortinas en el lugar que habían marcado en la pared.

—¿Así? —preguntó él.

—Mmm —murmuró ella.

Tenía que dejar de pensar en lo bien que le quedaban aquellos vaqueros y en el modo en que la camiseta verde se ajustaba a su pecho.

Muy a su pesar, estaba agradecida con él porque se hubiera ofrecido a ayudarla, pero seguía sin comprender por qué lo había hecho. Además, aún no había dicho nada que indicara que había cambiado de opinión respecto a sus negociaciones con Webb Sperling.

Justo en ese momento, Ryan se volvió a mirarla y ella se sintió culpable.

—¿Cómo se supone que debo interpretar ese «mmm»? —le preguntó enarcando una ceja.

—Está bien —todo estaba muy bien.

—Estupendo —dijo él bajando de la escalera con la barra en la mano. —Ahora que ya sabemos la altura, necesitaré un destornillador para fijarla.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Lo sé, pero permíteme que lo haga yo. Así no me aburro.

—¿Te aburrirías si yo no te desafiara? —le preguntó ella.

Ryan la miró con ojos brillantes.

—Con las mujeres siempre depende del momento y del lugar, pero ya que estamos en el dormitorio, tengo que admitir que tienes razón.

—Machista.

El se echó a reír.

—Sabía que con ese comentario conseguiría sulfurarte.

A pesar del escalofrío que provocaron sus palabras, decidió desviar el tema de conversación hacia terrenos menos peligrosos.

—El destornillador está ahí —dijo señalando una caja rosa que había en el suelo.

—¿Esto es una caja de herramientas?

—Es más que suficiente —respondió ella.

Aquella pequeña caja de herramientas rosa era uno de los productos pensados para mujeres que vendía en la tienda y ella había decidido quedarse con una.

Ryan esbozó una sonrisa.

—Intentaré arreglármelas.

—¿Por qué tiene una mujer que suplicar a su marido o a su novio para que le cuelgue unas cortinas si puede hacerlo sola perfectamente?

—Que conste que yo estoy completamente a favor de la igualdad de poder de las mujeres —aseguró él.

—Sin embargo, estás deseando poner fin a las negociaciones de Triste Éxito con los grandes almacenes Sperling.

La sonrisa desapareció de golpe del rostro de Ryan.

—Eso es algo personal.

—¿En qué se diferencia lo que hago yo de lo que haces tú? — continuó Kelly. —Tú eres empresario y yo soy propietaria de una tienda; ambos tratamos de prosperar con nuestro negocio.

—Yo no intento desplumar a nadie con mis artimañas femeninas.

—No, tú sólo los presionas con tu dinero y tu poder —replicó ella.

La tensión empezaba a reflejarse en el rostro de Ryan.

—¿Intentas hacerme creer que tus negocios con Sperling no tienen nada que ver con el hecho de que seas hija de la ex amante de mi padre?

Kelly dejó caer los brazos en un gesto de exasperación.

—Escucha, tenemos perspectivas muy diferentes y ninguno de los dos va a convencer al otro.

—En eso estoy de acuerdo.

Lo observó mientras él se subía a la escalera para colocar la barra de las cortinas. No debería haberle resultado tan sexy, pero así era. Era tremendamente excitante verlo haciendo chapuzas, a pesar de lo furiosa que le ponían sus opiniones.

Estaba claro que tenía que llevar su relación a lo estrictamente profesional.

—Tengo que pagarte por lo que estás haciendo —afirmó ella en mitad del silencio.

Ryan se volvió a mirarla con una media sonrisa en los labios.

—¿Tienes idea de lo que valgo? No creo que puedas permitírtelo.

Kelly notó que se estaba ruborizando, pero continuó hablando.

—De todas maneras, tengo que compensarte de algún modo...

Él volvió a darle la espalda para apretar un tornillo.

—Muy bien —dijo por fin, —pero necesito un punto de referencia. ¿Cuánto cobras tú por tus servicios?

—No puedes pagarlo —respondió automáticamente.

Ryan soltó una carcajada y volvió a mirarla.

—Entonces estamos iguales.

Ni mucho menos, pensó ella en silencio. No estaban iguales ni mucho menos, Kelly tenía la sensación de estar perdiendo terreno a cada segundo que pasaba.

—Muy bien, cuando yo diga arriba, levantamos el colchón y lo dejamos apoyado en la pared.

Kelly se apartó el pelo de la cara con un soplido.

En los últimos cuatro días había descubierto que Ryan Sperling estaba muy acostumbrado a dar órdenes.

Pero sabía que no debía ser dura con él. Llevaba toda la semana

trabajando sin quejarse. Había ayudado a poner las cortinas y las alfombras, a mover muebles y a colgar cuadros. Ni siquiera había protestado cuando esa mañana le había dicho que había un cambio de planes y que quería poner aquella cama en otra habitación.

Ahora lo miró mientras él descansaba con las manos en la cintura.

—A ver si me prestas atención.

—Sí, perdón —era imposible que hubiera adivinado lo que estaba pensando, sin embargo Kelly sintió que le subía el calor a la cara.

Ambos agarraron el colchón y lo movieron cuando Ryan dio la orden.

Una vez de pie, Ryan lo movió para colorarlo bien junto a la pared. Mientras, Kelly pensaba que, si bien su ayuda había sido inestimable, estaba pagando un precio por ella; la proximidad física empezaba a afectarla más de lo que habría deseado.

Esa misma mañana había descubierto con horror que había soñado con él. Y no había sido un sueño dulce. No. En su sueño, Ryan le había acariciado los pechos y la había mirado a los ojos con deseo. En su sueño él no era hijo de Webb Sperling, ni ella hija de Brenda Hartley.

Pero lo que le resultaba más inquietante era que en los últimos días había sentido su mirada sobre ella en multitud de ocasiones cuando él pensaba que no lo veía.

Y ella también había empezado a observarlo disimuladamente.

Estaba claro, no obstante, que era una atracción que ninguno de ellos deseaba sentir, aunque Kelly no sabía si sentirse halagada u ofendida porque ella sentía lo mismo. No tenía ningún sentido sentirse atraída por él. Desde el día que había entrado en la tienda, Ryan había dejado muy claro que la consideraba una mujerzuela a la que, al igual que a su madre, le faltaba poco para ganarse la vida en uno de los famosos burdeles de Nevada.

¡Cuánto le sorprendería si supiese la verdad! Kelly sólo se lamentaba de no pasarlo tan bien como se habría supuesto teniendo una reputación tan escandalosa.

—Ahora el somier —anunció Ryan.

Kelly tomó aire y luego lo soltó de golpe.

—Te encanta dar órdenes.

—Sí, y que los demás las obedezcan —respondió con frío sentido del humor.

—No era un cumplido.

—Prefiero que la gente me respete a caerles bien.

—¿Y por qué no pueden ser las dos cosas? ¿Por qué no inspirar respeto y...?

—¿... y cariño? —añadió él y después meneó la cabeza. —No todos nos ganamos la vida vendiendo ideas tan románticas.

—Vaya, es la primera vez que alguien me dice que Triste Éxito vende ideas románticas.

Él la miró con curiosidad.

—Deberías utilizarlo como eslogan de la tienda. «Triste Éxito. Vendemos romanticismo». Los adictos al trabajo harían cola para entrar.

—¿También vas a ayudarme en eso? —le preguntó con el mismo tono frívolo que estaba utilizando él— A este ritmo, estaré preparada antes de que acabe tu mes aquí.

—Respeto a la gente exigente —respondió él. —Es lo que diferencia un buen negocio del resto de competidores.

—Eso opino yo —dijo ella, sorprendida.

—Entonces tienes muchas posibilidades de llegar lejos con tu negocio —entonces miró el somier. —¿Preparada?

En cuanto la cama estuvo colocada en la otra habitación, Kelly se sentó en ella y luego se dejó caer hasta tumbarse.

—¿Qué haces? —le preguntó Ryan frunciendo el ceño y con los brazos en jarras.

—Tomarme un descanso.

Kelly lo observó y pensó que no parecía ni mínimamente cansado. De hecho, cualquiera que lo hubiera visto podría pensar que acababa de llegar de darse un tranquilo paseo.

—Sólo nos quedan quince minutos antes de que tengas que volver a la tienda —le dijo mirando el reloj. —Podemos colgar los dos cuadritos que querías poner en el baño.

—¿Es que nunca descansas? —le preguntó con exasperación. —Erica siempre me acusa de trabajar demasiado y no divertirme, pero no soy nada comparada contigo.

—Intento deshacerme de la tensión.

—¿Por qué estás tenso? —le preguntó con sincera curiosidad.

La expresión de su rostro cambió de golpe.

—Por nada.

Era evidente que había algo.

—Estoy saliendo a correr, pero no consigo hacer todo el ejercicio que hago normalmente —añadió para dar más explicaciones.

—Deja que adivine. Seguro que normalmente te levantas a las cinco de la mañana y se subes a la cinta de correr.

—Y seguro que tú no. Tú mientras estarás tomando el té en una taza completamente diferente de su plato.

Kelly meneó la cabeza y sonrió.

—El té se toma a las cinco de la tarde —corrigió ella. —Alguien civilizado como tú debería saberlo.

Pero, según lo miraba, pensó que a pesar de las generaciones de Sperling con posición y dinero, más que parecer alguien civilizado,

Ryan emanaba masculinidad y poder salvaje por todos los poros de su piel.

Al verlo mirarla se dio cuenta del aspecto que debía de tener allí tumbada frente a él.

Se recordó que no se gustaban el uno al otro. Simplemente se habían visto obligados a verse a menudo durante un mes, lo que les había llevado a firmar una tregua temporal.

Lo vio mirarla de arriba abajo.

—Bueno, no tienes por qué preocuparte por no ir al gimnasio. Tienes muy buen aspecto.

«Hombres», pensó Kelly con repentina indignación. No dejaba de mirarla por encima del hombro y sin embargo no le importaba disfrutar de la vista.

—¿Cómo puedes conocerme tan bien y tenerme en tan baja estima? —le dijo ella entonces.

Él no respondió, pero la expresión de su rostro era una mezcla de deseo sexual e irritación que daba cuenta de la batalla que se estaba librando dentro de él.

De pronto Kelly se dio cuenta de que ya estaba harta. Harta de su desprecio y en general de su actitud. Llevaba toda la vida sintiendo que debía responder del comportamiento de su madre y ya estaba harta. Dio unas palmaditas en la cama y dijo:

—Vamos, tómate un descanso.

Ryan miró la cama y luego a ella. Kelly estuvo a punto de sonreír; se sentía atrevida y poderosa.

—No, gracias —farfulló por fin. —Prefiero que sigamos trabajando.
Ella enarcó una ceja.

—¿Te molesta que yo esté aquí tumbada?

—La verdad es que sí.

Entonces la agarró del tobillo y tiró de ella hacia sí hasta que sus pies tocaron el suelo y tuvo que sentarse, boquiabierta.

—Así está mejor —dijo él, con los ojos brillantes.

Kelly lo miró y vio cómo sus ojos se fijaban en el escote de su blusa. Cuando por fin volvió a mirarla a los ojos, Kelly tuvo la sensación de que el tiempo se detenía.

Lo observó y vio el deseo reflejado en cada rasgo de su rostro. Quería besarla.

—Si ni siquiera te caigo bien —susurró ella.

—No, pero ahora mismo no consigo que eso me importe — respondió.

—Esto no es buena idea.

—Las he tenido peores.

—Vas a besarme.

—¿Algo que objetar? —preguntó mientras se inclinaba hacia ella.

Kelly cerró los ojos y suspiró en el momento en que sus labios la rozaron. Tenía una boca suave y cálida. Le echó los brazos al cuello y él la rodeó con los suyos.

Aquello era lo que había estado pensando desde que lo había visto entrar en su tienda, pero la realidad era aún mejor de lo que había imaginado.

Se abrió a él, dejando que el beso se hiciese más intenso, más profundo.

En sólo unos segundos, sintió un ardiente deseo entre las piernas y sus pechos se volvieron más sensibles.

Hundió los dedos en su cabello mientras iba subiendo el calor que generaban sus cuerpos.

Pero entonces él levantó la cabeza bruscamente y se apartó.

—Maldita sea —protestó con rabia.

Kelly se sentía desorientada, pero pronto comprendió lo que estaba pasando.

—Maldita sea —repitió Ryan al tiempo que se pasaba la mano por el pelo, como si no pudiera creer la estupidez que había cometido. —Eres la hija de la ex amante de mi padre. ¡Mi padre se acostaba con tu madre mientras la mía se moría!

Aquellas palabras se clavaron en ella como un puñal, hicieron que se sintiera sucia… y culpable en nombre de Brenda Hartley.

No obstante, levantó bien la cabeza y habló con dignidad:

—Y eso lo resume todo, ¿verdad?

—Resume la realidad que ni tú ni yo podemos cambiar —replicó él.

—El problema es que te sientes atraído por mí aun a tu pesar, ¿no es cierto, Ryan? Y te odias a ti mismo por sentirlo.

Diciendo eso, Kelly se levantó, agarró su bolso y salió de la habitación.

Cuando estaba llegando al piso de abajo oyó los pasos de Ryan en lo alto de la escalera.

—¡Kelly!

Pero ella siguió caminando y salió de la casa sin mirar atrás.

Unos segundos después, cuando se alejaba de allí en el coche, dejó que la humillación se apoderara de ella.

Nunca más volvería a sentirse tan vulnerable hacia Ryan Sperling, nunca más.

Ella mejor que nadie debería haber sabido que no podía hacerlo.

CAPÍTULO 05

Esa noche, Ryan fue a tomarse una cerveza a la taberna El Abeto Blanco. Después de tomar el primer trago, miró a su alrededor con cierto malhumor.

El Abeto Blanco era el típico bar de carretera, excepto por el hecho de que se suponía que llevaba abierto desde 1930. El continuo discurrir de turistas adinerados le confería un toque de pretensión. A un lado del local había una mesa de billar que nadie parecía utilizar y una máquina de discos al estilo de los cincuenta.

El lugar estaba medio lleno y entre el zumbido que producían las conversaciones de los clientes y la voz de Chuck Berry, se oía a los camareros pidiéndole las comandas al cocinero.

En una de las mesas, Ryan vio a una mujer rubia y bajita a la que recordaba del día que bahía salido como una furia de Triste Éxito. ¿Cómo la había llamado Kelly? ¿Erica? Sí, eso creía.

La acompañaba un rubio corpulento que debía de ser su marido o su novio.

Después de cómo habían ido las cosas con Kelly aquel día, no le apetecía acercarse a saludar a una amiga suya.

En cualquier caso, Erica no parecía haberlo reconocido o, si lo había hecho, prefería mantener las distancias. Quizá Kelly le hubiese confiado lo ocurrido y Erica estuviese lanzándole todo tipo de improperios entre dientes.

Ryan meneó la cabeza. Si las mujeres se olvidaran de esa extraña lealtad que se profesaban entre ellas, podrían gobernar el mundo.

Por otra parte, tenía la impresión de que su principal problema era la falta de disciplina; aún no podía creer que hubiera perdido el control hasta llegar a besarla.

Necesitaba hacer algo con su cabeza... o acostarse con alguien. La segunda opción le resultaba mucho más atrayente, pero la única mujer que le interesaba en aquellos momentos era Kelly y acostarse con ella no haría más que empeorar el problema. Lo empeoraría enormemente.

Deseó con todas sus fuerzas que hubiera acabado ya el mes que tenía que pasar en la casa. De todos los lugares que había en el mundo, Hunter había tenido que escoger precisamente el pueblo en el que vivía Kelly para construir la maldita casa y Ryan había tenido que elegir el mes en el que Kelly estaría trabajando en ella, paseando su tentador trasero por delante de sus narices.

Tomó otro trago de cerveza. Tenía que alejarse de ella.

Se había acabado lo de ayudarla con la decoración. Era evidente que había sido un error ofrecerse a hacerlo.

El problema era que no podía quitarse de la cabeza la imagen de

Kelly tumbada en la cama del modo más tentador.

—¿Qué tal va todo en la casa? —preguntó Erica.

—Bien —se limitó a decir Kelly al tiempo que dejaba una lámpara en la estantería con más fuerza de la necesaria.

Era viernes por la mañana y estaban preparándose para abrir la tienda.

—¿Sólo «bien»? —insistió Erica enarcando una ceja.

—Es un cretino —espetó por fin. No había necesidad de explicar a quién se refería.

Erica se echó a reír.

—Pensé que te estaba ayudando.

—Y lo está haciendo.

—¿Entonces? —Erica dejó de colocar cosas y la miró con gesto de sospecha.

—Ayer... me besó.

Su empleada abrió los ojos de par en par y luego sonrió con malicia.

—Parece que se ha tomado al pie de la letra lo de amar al enemigo.

Kelly la miró sin comprender.

—Ya sabes: «Mantén cerca a tus amigos y aún más a tus enemigos».

—No tiene ninguna gracia.

No había podido pegar ojo en toda la noche pensando en cómo iba a volver a mirar a Ryan a la cara. ¿Cómo iba a poder seguir trabajando en la casa?

Erica fingió estar analizando la situación.

—Veamos... un hombre rico y atractivo te besa... Sí, desde luego que no tiene ninguna gracia.

—Después se arrepintió de haberlo hecho —añadió Kelly acordándose del terrible momento. —No podía creer que hubiera cometido el imperdonable pecado de sentirse atraído por una Hartley. Supongo que el parecido con lo que Webb vivió con Brenda fue demasiado para él.

—Cretino —admitió Erica. —Debería decirte algunas de las tonterías que me dijo a mí Greg cuando nos conocimos.

Kelly frunció el ceño. —¿Estás defendiendo a Ryan Sperling?

—No —se apresuró a decir. —Es un cretino arrogante.

—Exacto.

—Aunque —empezó a decir observándola detenidamente—... aún no me has dicho qué sentiste cuando te besó.

—Yo...

La verdad... la verdad era que había sido maravilloso. La había invadido un torrente de sensaciones.

—¿Qué más da? —dijo finalmente. —El caso es que terminó mal.

—Eso es deseo reprimido —aseguró con sabiduría— Ayer Ryan se dejó llevar y luego se enfadó. No es bueno reprimir las emociones.

Kelly resopló impacientemente. A veces olvidaba que Erica y ella tenían en común el hecho de ser hijas de dos espíritus libres. Erica era hija de una pareja que había vivido en San Francisco en los sesenta, y ella... bueno, ella era hija de Brenda Hartley.

—Ryan no está reprimiendo nada —respondió Kelly. —Sólo fue un beso espontáneo —y descontrolado. —Llevo toda la semana trabajando en la casa y él me ha ayudado. Eso es todo. Por las noches siempre sale, quién sabe dónde.

—Al Abeto Blanco —dijo Erica.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Porque allí quedo con Greg después del trabajo para ir juntos a casa. Hemos visto a Ryan por allí un par de veces esta semana.

Así que allí era donde iba Ryan cuando salía de la casa; llevaba toda la semana preguntándoselo muy a su pesar.

—En ambas ocasiones se le ha acercado alguna mujer —agregó Erica.

Kelly sintió una punzada de celos.

«Ya está bien», se dijo a sí misma.

Pero lo cierto era que le enervaba la hipocresía de aquel hombre que estaba dispuesto a llamarla mujerzuela a ella y al mismo tiempo él coqueteaba con quien le venía en gana en el bar del pueblo. Mientras, Kelly pasaba sus noches igual que siempre... en casa, sola.

Erica se encogió de hombros.

—Quizá creyera que te encontraría allí, bailando para los clientes —bromeó Erica con ironía.

—Seguro que sí —respondió Kelly con gesto pensativo.

Kelly admitió que aquélla no había sido su mejor idea. Pero ahora que ya estaba allí no tenía más remedio que seguir adelante.

Una vez dentro del Abeto Blanco, enseguida vio a Erica y a Greg sentados en una mesa en el centro del local.

Lo segundo que vio fue a Ryan, sentado en la barra con una cerveza y dándole la espalda a ella y a la puerta.

Erica abrió los ojos de par en par al verla allí. Le había dicho a su ayudante que se marchara a casa y que ella terminaría de cerrar la tienda, pero lo que había hecho había sido entrar en la trastienda y cambiarse de ropa para ir también ella a la taberna.

Sabía que Erica y Greg estarían allí, tomándose una cerveza y

quizá algo de comer antes de volver a casa a relevar a la niñera, que no era otra que la madre de Erica.

Por supuesto, la otra persona que Kelly sabía que encontraría allí era Ryan. Pero mientras se dirigía a la mesa de Erica, se negó a mirar a su alrededor para no perder el valor que le había permitido llegar hasta allí.

Con sólo ver el modo en que la miraba Erica, Kelly supo el aspecto que tenía. Todo en su indumentaria llamaba la atención; el estrecho jersey de color bronce sin mangas, la falda negra y los zapatos de tacón. También se lo confirmaron las miradas de apreciación, e incluso de deseo, de los clientes masculinos que había en el local.

La expresión de Greg al verla la hizo sentirse orgullosa y al mismo tiempo asustada, pues seguramente la reacción de Ryan sería parecida.

—Hola —dijo Kelly ya junto a la mesa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Erica en voz baja.

—Lo que habíamos dicho —respondió. —Comportarme de acuerdo a lo que se espera de mí.

Greg miró a Kelly y luego a su esposa.

—¿Alguien podría contarme lo que está pasando?

—Se trata de ese tipo de ahí —comenzó a explicar Erica haciendo un gesto hacia Ryan. —Está alojado en la casa que Kelly está decorando. El todopoderoso Ryan Sperling cree que Kelly es una —hizo una pausa para pedir disculpas con la mirada a su amiga—... furcia. Y parece que Kelly ha tomado la decisión de hacer algo al respecto.

—Vaya si lo ha hecho —afirmó Greg antes de mirar hacia la barra. —Y creo que él también se ha dado cuenta.

—Estupendo —dijo Kelly con convicción a pesar de que había sentido un escalofrío de pavor. —Voy a pedirme una copa.

Se acercó a la barra cuidándose de no mirar hacia Ryan por mucho que estuviera sintiendo el ardor de sus ojos sobre ella, y se pidió un whisky.

El barman, un simpático caballero de unos sesenta años, la miró y sonrió.

—Ahora mismo. La señora sabe lo que quiere.

Ella también sonrió.

—Hoy, sí. Gracias.

—¿Qué demonios haces aquí? —le preguntó Ryan bruscamente.

Kelly tardó varios segundos en mirarlo. El la observó con gesto sombrío, deteniéndose especialmente en el pronunciado escote por el que sus pechos amenazaban con salirse.

—¿Yo? Me parece que aquí el forastero eres tú —respondió ella, desafiante.

—Ya sabes lo que quiero decir.
—Estoy haciendo lo que tú esperas que haga —continuó diciendo en el mismo tono. —¿No es así como piensas que soy?
Dada la opinión que tenía de las Hartley, no debía extrañarle verla allí en la taberna, entre las mujeres que cada día intentaban seducirlo, según le había contado Erica.
Ya con la copa en la mano, Kelly tomó un trago y miró a su alrededor; varios hombres seguían mirándola.
Ryan dejó varios billetes sobre la barra y dijo:
—Yo invito.
Kelly le lanzó una mirada abiertamente coqueta y después se dio media vuelta. Él la siguió a pesar de no haber sido invitado.
—¿Conoces a mis amigos? —le preguntó al llegar a la mesa. —Erica y Greg Barnes... os presento a Ryan Sperling —dijo sin demasiado entusiasmo.
Erica sonrió y Ryan y Greg se estrecharon la mano.
—Kelly me ha dicho que estás alojado en la casa que está decorando —le dijo Erica en cuanto se hubieron sentado junto a ellos.
—Así es —Ryan la miró, pero Kelly se esforzó en no hacerlo. —Pero sólo voy a estar un mes.
—¿Y qué le parece Tahoe? —preguntó Greg en tono amigable.
—Hacía años que no venía por aquí —volvió a mirarla. —Resulta interesante volver después de tanto tiempo. Algunas cosas han cambiado, otras me resultan muy familiares.
Mientras Erica y Greg seguían dando conversación a Ryan, el ambiente iba llenándose de tensión.
Unos minutos después apareció una joven camarera a preguntarles si querían tomar algo más y sonrió a Ryan sin el menor disimulo. A él no parecía importarle ser el centro de tanta atención. Kelly pensó que llevar los pechos al aire estaba bien a no ser que una se apellidara Hartley. Kelly pidió un martini, la bebida preferida de Brenda, y después se mantuvo distraída, sonriendo a los hombres que la miraban.
Pero entonces llegó el momento en el que Erica y Greg anunciaron que tenían que marcharse a casa. Cuando todos se levantaron de la mesa, Erica se acercó a ella.
—Espero que sepas lo que estás haciendo.
Kelly sonrió.
—Lo estoy pasando genial —aseguró y, después de recibir una mirada de advertencia de su amiga, aprovechó que estaba de pie para ir a sentarse a la barra.
La presencia de Ryan había espantado a cualquier hombre que hubiera querido acercarse a ella, así que había llegado el momento de hacer algo. Con un nuevo martini en la mano, y preguntándose cómo

había podido vivir tanto tiempo sin esa bebida, sonrió a un hombre muy atractivo que se sentaba en la barra junto a ella y al que había visto mirándola un par de veces.

Debía de tener unos treinta años y era rubio y de ojos azules.

—¿Puedo invitarte una copa? —le ofreció.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa. —Eres mucho más simpático que el otro tipo que me ha invitado —le dijo en tono susurrante refiriéndose al modo en que le había pagado la copa Ryan.

—Me he fijado en ti en cuanto he entrado —le dijo él.

Kelly no tardó en saber que su nombre era Tate y que era otro millonario más que acudía a Tahoe en busca de diversión. Pero, mientras hablaba con él, pudo sentir en todo momento la mirada de Ryan clavándosele en la espalda.

Tomó otro trago de su tercera copa y pensó que empezaba a sentirse agradablemente mareada. Miró a Tate y luego a Ryan, que seguía sentado con gesto huraño en la mesa que habían compartido con Erica y Greg. El contraste entre ambos hombres no habría podido ser más evidente. Uno era un rubio alegre sediento de emociones; el otro, un ángel oscuro y enfadado concentrado en su misión.

Cuanto más hablaba y coqueteaba con Tate, más cuenta se daba de que prefería a Ryan.

Tate era un tipo agradable que no dejaba de decirle cumplidos que alimentaban su seguridad en sí misma, algo que jamás hacía el otro.

Kelly se inclinó hacia Tate y le puso la mano en el brazo.

Ryan apretó los dientes. Era evidente que Kelly estaba algo borracha y que lo estaría aún más en pocos minutos. Por supuesto, el donjuán con el que coqueteaba estaba pasándolo en grande. Seguramente estuviera esperando a que estuviera completamente ebria para convencerla de que se fuera a la cama con él.

Para colmo de males, aquel tipo ya le había lanzado un par de miradas, como si supiera que se estaba entrometiendo en algo y estuviera disfrutando de hacerlo.

Ryan agarró la copa con fuerza. Habría preferido apretarle el cuello a ese príncipe azul.

Conocía bien a los tipos como aquél; había aprendido a identificarlos viviendo junto a Webb Sperling.

Trató de convencerse a sí mismo de que no le importaba, pero entonces vio cómo lo estaba mirando Kelly y no pudo hacer otra cosa que apurar su copa y ponerse en pie.

Mientras iba hacia la barra se dijo una y otra vez que simplemente estaba enfadado por el modo en que le estaba pagando la ayuda que

le había prestado durante toda la semana.

—¿Has venido con alguien? —le dijo el príncipe azul al sentir que Ryan se acercaba.

—No.

—Sí —intervino Ryan. —Está conmigo.

Kelly se volvió hacia él.

—No es cierto —miró a la mesa vacía. —¿Dónde están Erica y Greg?

—Se han ido —respondió él escuetamente mientras la observaba. Era evidente que estaba algo más que achispada.

Miró al príncipe azul para ver a quién se enfrentaba y comprobó que parecía relajado y seguro de sí mismo.

—Tate Henderson —se presentó tendiéndole una mano.

—Ryan Sperling —respondió haciendo caso omiso a su mano.

—¿Ryan Sperling? —repitió Tate con sorpresa. —¿El de Ray Technology?

—El mismo.

—Vaya, he oído hablar mucho de ti —admitió animadamente. —Eres toda una leyenda en el mundo del cable, por no hablar de Wall Street. Esas acciones que has ofrecido...

Kelly abrió la boca en un enorme bostezo que trató de ocultar con la mano.

Ryan la miró. Estaba aguándole el coqueteo con Tate y estaba claro que no le hacía ninguna gracia.

Aprovechó el interés que había despertado en su oponente y, colocándose entre Kelly y él, pidió una tónica que pensaba beberse sin quitarle la vista de encima a la nueva Brenda Hartley.

Pero antes se acercó a Tate para decirle algo al oído.

—Esta belleza ha bebido demasiado y yo voy a encargarme de que llegue a casa sana y salva... y sola.

Tate enarcó ambas cejas.

—¿A ti qué más te da?

—Tenemos familia en común.

—Siempre tiene que haber algo —murmuró torciendo el gesto.

Después se bebió lo que le quedaba en la copa y se dispuso a sacar dinero.

—Deja —le dijo Ryan. —Ya me encargo yo.

Tate se lo agradeció con un leve movimiento de cabeza y se bajó del taburete.

—¿Adónde vas? —le preguntó Kelly frunciendo el ceño.

—Ha sido un placer, belleza —añadió mirando a Ryan de reojo.

—¿Te marchas?

Tate volvió a mirar a Ryan.

—Mejor pregúntaselo a él.

Después de verlo alejarse, Kelly miró a Ryan con gesto acusador.

—Muchas gracias por echarlo —murmuró, claramente malhumorada. —Esto no es asunto tuyo.

Fue a beber y, al darse cuenta de que ya no le quedaba nada en la copa, llamó al barman.

—¿No crees que deberías dejarlo?

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo.

Ryan suspiró y se sentó en el taburete que Tate había dejado libre. Estaba claro que Kelly no iba a ponérselo fácil.

—Si estás buscando un poco de acción, ¿por qué no lo intentas con el que realmente te interesa? —la desafió.

Ella se volvió a mirarlo.

—Tú no me interesas.

Ryan arqueó una ceja.

—No era ésa la impresión que daba cuando te tenía suspirando en mis brazos.

Kelly apretó los labios.

—Vete de aquí.

—Me temo que no.

Estuvieron allí sentados sin decirse una palabra durante casi una hora. Kelly intentó coquetear con otros hombres, pero Ryan sabía que su presencia, como la de un dragón a la puerta del castillo, los espantaría. Tenía que poner fin a aquella situación; era evidente que Kelly no estaba acostumbrada a beber ni tampoco a frecuentar bares, a pesar del sexy atuendo que se había enfundado.

Por fin vio que se terminaba la copa y la miró de frente. Ella también lo miró.

—Eres guapo, ¿sabías? —le dijo arrastrando las palabras.

Ryan levantó una ceja. La conversación había dado un giro inesperado... y muy agradable.

—Eso dicen algunas.

Kelly alargó el brazo y le tocó la cabeza.

—Tienes un pelo precioso.

Sintió que todo su cuerpo se ponía en tensión y que el deseo crecía dentro de él.

—Y una mirada oscura y profunda —continuó diciendo ella. —Misteriosa —volvió a mirarle el pelo. —Te quedaría mejor si no lo llevaras tan corto, pareces un militar.

Una sonrisa asomó a los labios de Brian. Sabía que era el alcohol el que hablaba, pero su cuerpo parecía no saberlo.

Kelly se inclinó hacia él y estuvo a punto de perder el equilibrio, por lo que Ryan la sostuvo poniéndole una mano en el muslo... y la dejó ahí. Ambos bajaron la mirada y después ella lo miró a los ojos.

—También me gustan tus manos —susurró.

Ryan vio los reflejos dorados de sus ojos y, por un momento, consideró la idea de no retirar la mano de su muslo, pero entonces se recordó que no estaba allí para que ella pudiera coquetear con él, sino para asegurarse de que llegaba bien a casa.

—Vámonos —dijo él.

—Vaya, sí que eres directo.

—Apenas puedes hablar.

Después de pagar la cuenta, incluyendo una generosa propina, Ryan la vio bajarse del taburete, se fijó en sus piernas esbeltas, interminables, y suplicó al cielo que le diera fuerzas para resistirse a la tentación.

La agarró del brazo, pero no parecía que eso bastara, así que finalmente optó por rodearla por la cintura. Podía sentir cada curva de su cuerpo amoldándose a él, pero prefirió no pensarlo. Una vez fuera del bar, bajó la mirada hasta sus ojos.

—¿Sabes? —le dijo. —Me gustas más cuando estás borracha.

—¿Sabes? —dijo ella. —Tú a mí me gustas más cuando estoy borracha —entonces frunció el ceño, como intentando concentrarse. —¿Lo he dicho bien?

Ryan sonrió.

—Me parece que sí.

—Un Mercedes negro —murmuró al ver su coche. —No me sorprende nada que tengas un Mercedes. Siempre has tenido mucho dinero.

Ryan prefirió no hacer caso a aquel comentario; el dinero era un tema muy peligroso.

—Entra.

Ella miró a su alrededor.

—Pero... ¿dónde está mi coche?

—Da lo mismo dónde esté. No estás en condiciones de conducir.

—Mmm... supongo que tienes razón.

Empezaba a impacientarse, así que al ver que no se metía en el coche, Ryan la agarró y la ayudó a entrar. Al ponerle el cinturón sintió un aroma que volvió a poner a prueba su autocontrol.

—¿Qué perfume llevas? —le preguntó con voz seria.

Ella sonrió. —Pecado.

—Cómo no.

De camino hacia la casa, Kelly estuvo muy habladora. También bostezó un par de veces.

—No eres tan malo como pareces —dijo después de una pausa.

Ryan la miró y se dio cuenta de que estaba haciendo un verdadero esfuerzo por mantener los ojos abiertos.

—Estás haciendo una buena obra al quedarte en la casa. Hunter Palmer era tu amigo y estás ayudando a muchos enfermos.

—Es mi buena obra de la década —dijo quitándole importancia. —En realidad soy tan sinvergüenza como pensabas.

Debía de estar muy cansada o muy borracha o ambas cosas para decirle que era buena persona.

CAPÍTULO 06

Al llegar a la casa, Ryan metió el coche en el garaje y llevó a Kelly a la habitación de invitados que había junto al dormitorio principal.

Una vez allí, ella se sentó en la cama y miró a su alrededor.

—Esta habitación es preciosa. Espero poder estar a la altura en las habitaciones que estoy decorando yo.

—Seguro que lo harás —aseguró él.

—¿Tú crees?

Ryan se limitó a asentir. No podía decir mucho más porque nunca le había dado demasiada importancia a la estética, quizá porque siempre había estado rodeado de cosas bonitas y lujosas.

—¿Podrás desvestirte y acostarte sola? —le preguntó.

—Claro —aseguró dejándose caer sobre la cama.

Ryan respiró hondo y la agarró para volver a sentarla.

—Está bien, vamos a ver si puedo prepararte para que te metas en la cama.

Con un poco de cooperación por su parte, Ryan consiguió quitarle los zapatos y la falda. Suspiró con alivio al ver que llevaba un sujetador sin tirantes debajo del suéter. Desvestirla estaba siendo una verdadera tortura en la que lo único positivo era que Kelly estaba demasiado cansada y borracha para excitarlo aún más.

—Soy igual que mi madre —dijo mientras él estaba dejando su ropa en una butaca.

—¿Qué? —preguntó Ryan, sorprendido por aquel comentario.

Parecía desolada.

—Me está desnudando un hombre al que he conocido en un bar.

Ryan pensó en decirle que ellos dos ya se conocían de antes y que no tenía intención alguna de llevársela a la cama, que sólo pretendía meterla en la cama y dejarla dormir tranquilamente.

—Por mucho que lo intente —siguió diciendo ella con evidente tristeza, —no puedo escapar del pasado de mi madre.

Eso era algo con lo que Ryan se sentía completamente identificado. Dios, llevaba más años de los que recordaba intentando huir del legado de su padre.

—No eres la única —le dijo en voz alta para ofrecerle algún consuelo.

Abrió la cama, Kelly se metió en ella y se arropó de inmediato, apartando de su vista por fin aquel cuerpo turbador. Ya con los ojos cerrados, recostó la cabeza sobre la almohada. Pero un instante después, volvió a abrirlos y se incorporó.

—Se te ha olvidado quitarme el sujetador.

Ryan apretó los dientes.

—No se me ha olvidado —buscó una explicación a toda prisa. —

Es que no tengo ningún pijama que dejarte, así que tendrás que dormir en sujetador.

La razón no era demasiado buena, pero esperaba que, en el estado en que se encontraba, le fuera suficiente.

—Mmm —dijo y, un segundo después, se echó las manos a la espalda y se desabrochó el sujetador.

Sus pechos quedaron libres.

Ryan no pudo controlarse y se deleitó en la visión de unos senos redondos y firmes, coronados por unos pezones de un color más oscuro.

Kelly dejó la prenda a un lado y volvió a arroparse.

—Ningún hombre me había mirado así los pechos antes —murmuró al tiempo que volvía a cerrar los ojos. —Pero claro, tampoco he estado antes en la cama con ninguno —añadió después de unos segundos. —Bueno, sólo con uno. Una o dos veces, pero nunca se quedó toda la noche.

A Ryan se le llenó la cabeza de preguntas, pero enseguida se dio cuenta de que se había quedado dormida.

Kelly le había soltado unas cuantas bombas aquella noche, pero había dejado la más grande para el final.

Kelly se despertó con un tremendo dolor de cabeza.

Al hundir el rostro en la almohada recordó algunos de los acontecimientos de la noche anterior y se dio cuenta de que había bebido más el día anterior que en toda su vida junta. Debía recordar que aquellos martinis eran peligrosos, pensó mientras intentaba abrir los ojos.

Le hicieron falta varios segundos para darse cuenta de dónde estaba.

El corazón le dio un vuelco y, al incorporarse de un salto, le dolió aún más la cabeza.

Ryan la había llevado allí en su coche la noche anterior.

De pronto miró bajo las sábanas y vio con horror que estaba prácticamente desnuda, sólo llevaba las braguitas.

Abrió la boca al recordar que se había quitado el sujetador ante Ryan y que él le había mirado los pechos.

¿Cómo iba a poder volver a mirarlo a la cara después de aquello? Lo ocurrido la noche anterior hacía que el beso que se habían dado pareciera completamente insignificante. Pero tenía cosas más importantes en las que pensar... empezando por que debía irse a trabajar.

Miró la hora. Eran las siete. Tenía tiempo de sobra para salir de allí, irse a casa a cambiarse de ropa y acudir a la tienda como si nada

hubiera pasado.

El problema era que no estaba del todo segura de recordar todo lo que había dicho o hecho la noche anterior. ¿Y si había olvidado algo importante?

Cerró los ojos con fuerza unos segundos y, después de respirar hondo varias veces, se levantó de la cama y se metió en la ducha. Afortunadamente, el baño estaba bien provisto de todo lo necesario y la ducha la ayudó a pensar con mayor claridad.

Tuvo que ponerse la misma ropa del día anterior, pero no las braguitas, ésas las metió en el bolso. Definitivamente, se estaba convirtiendo en su madre; iba a salir a la calle sin ropa interior. Sería mejor no pensarlo, debía limitarse a irse a casa y tratar de volver a la normalidad.

Pero antes tendría que arreglárselas para salir de la casa sin encontrarse con Ryan.

Una vez preparada, respiró hondo y se dirigió a la puerta.

Recorrió el pasillo de puntillas, bajó la escalera y fue hacia la puerta.

—Buenos días.

Kelly pegó un bote al oír su voz.

Allí estaba Ryan, observándola con una sonrisa en los labios y una taza de café en la mano. Parecía relajado.

—Bu... buenos días.

Llevaba unos vaqueros y una camiseta gris y estaba recién duchado y radiante. No era justo que él tuviera tan buen aspecto mientras que ella llevaba la ropa arrugada, una ropa que además ahora parecía completamente fuera de lugar.

—No pensarías irte sin decir adiós, ¿verdad? —y sin esperar una respuesta, añadió: —¿Café?

Kelly lo miró con cierta desconfianza; daba la impresión de estar de muy buen humor.

Debería haber estado furioso con ella, al menos eso era lo que parecía sentir la noche anterior. Ella se había emborrachado y había intentado seducir a otro dándole a él la espalda. Y para colmo de males, había tenido que llevarla a casa.

—Gracias —respondió por fin, —pero creo que prefiero irme directamente a casa.

Ryan la observó detenidamente.

—Tienes buen aspecto... teniendo en cuenta las circunstancias.

Deseaba decirle que se sentía incómoda con aquella ropa; era como un postre que había que disfrutar antes de arrepentirse.

—Supongo que no has tenido más remedio que volver a ponerte la misma ropa —dijo adivinando sus pensamientos.

—Bueno —comenzó a decir mirando su indumentaria, —está bien

cambiar de vez en cuando de la ropa que llevo para trabajar. ¿No te parece?

—No sabría qué decirte —murmuró él y entonces miró a su bolso. —Supongo que la ropa interior es opcional.

Kelly siguió su mirada y entonces comprobó con verdadero horror que sus braguitas asomaban por el bolso abierto.

La humillación parecía no tener fin.

—Sin ropa interior —dijo él con malicia—... Justo como a mí me gusta.

Kelly sintió que le ardían las mejillas. Era evidente que Ryan estaba disfrutando torturándola y, desgraciadamente, ella estaba reaccionando justo como él esperaba.

De pronto le pareció que estaba flirteando con ella, pero no tenía ningún sentido después de haberle demostrado que era exactamente como él pensaba. La noche anterior se había portado aún peor que su madre.

—¿No estás enfadado conmigo? —le preguntó sin rodeos.

Él ladeó la cabeza.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Por lo de anoche. Bebí demasiado y tuviste que —iba a decir «traerme a casa», pero se detuvo a tiempo—... sacarme del bar.

Había hecho algo más que emborracharse y lo sabía, pero prefirió omitirlo.

Él se encogió de hombros.

—Todos cometemos errores. Puede que yo fuera un poco brusco.

—¿Anoche?

Ryan negó con la cabeza.

—Desde el día que entré en tu tienda.

Una extraña sensación se apoderó de ella al oír aquella admisión, pero la achacó a la resaca.

—¿Qué recuerdas de anoche? —le preguntó él, y parecía importarle lo que fuera a responder.

—Más o menos todo.

—¿Todo? —insistió.

—Lo bastante como para saber que no nos acostamos juntos —estaba segura de que eso lo habría recordado.

Ryan la miró con gesto pensativo y después cambió de expresión y le dijo:

—Vamos, voy a prepararte un café. Luego te llevo a casa.

—Está bien.

No pudo protestar porque lo cierto era que la idea de tomarse un café recién hecho le pareció maravillosa.

—Por cierto —le dijo camino de la cocina, —¿cómo pensabas volver a tu casa? Tu coche está aparcado en la taberna —esbozó una

rápida sonrisa. —¿O es que pensabas robarme el coche?

—Hay un par de bicicletas de montaña en el garaje —al ver su gesto de desconfianza, siguió con la explicación— Tenía pensado ir en bici hasta la gasolinera y desde allí llamar a un taxi.

Ryan se echó a reír.

—¿Pensabas montar en bici con falda y sin ropa interior?

Otra vez le ardieron las mejillas. —Admito que no era una gran idea.

Unos minutos más tarde, se montaron en el coche, cada uno con su café, y emprendieron el camino hacia la taberna.

—¿Qué te parece si desayunamos en alguna parte? —sugirió él.

—Tengo que abrir la tienda a las diez.

La actitud de Ryan era completamente diferente aquella mañana y Kelly no sabía bien cómo tomársela.

—Eres la jefa, seguro que puedes llegar un poco más tarde.

Kelly se llevó la mano a la frente y sonrió débilmente.

—Creo que el comportamiento irresponsable acabó anoche.

—¿Entonces cenamos juntos? El primer día me hablaste de un sitio y aún no he ido.

—Gracias, pero...

—¿Quieres darme las gracias por meterte en una cama sana y salva anoche?

No había mucho que decir a eso.

—Está bien —se rindió por fin.

—Te recogeré a las siete. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

Menos de dos horas más tarde, Kelly llegó a la tienda para abrir a la hora de siempre, después de haber pasado por casa a cambiarse.

Erica llegó cuando ella estaba abriendo la puerta.

—Hola —le dijo al entrar. —Has llegado puntual.

—Pareces sorprendida —notó Kelly mientras encendía las luces.

Su amiga la miró con evidente curiosidad.

—Bueno, debo admitir que me preguntaba cómo habría acabado la noche...

—¿Te refieres a mi momento de gloria como vampiresa?

Erica se echó a reír.

—Hasta Greg estaba sorprendido y la verdad es que después de dos hijos y de veinte años trabajando de bombero, no es fácil que algo le sorprenda.

—Acabé completamente borracha.

—¿De verdad?

—Debo confesar que nunca antes había bebido —dijo con tristeza.

Erica la observó detenidamente.

—Pues no tienes mal aspecto.

—Es gracias al café.

—¡Sabía que no deberíamos haberte dejado allí sola! Se lo dije a Greg, pero él dijo que Ryan cuidaría de ti.

—Y lo hizo—recordó, apesadumbrada. —Me llevó a la casa —vio cómo Erica se quedaba boquiabierta—... y me metió en la cama de una de las habitaciones de invitados. Esta mañana he intentado salir sin que me viera —continuó narrando a pesar de las risas de Erica, —pero me ha visto y me ha preparado un café y luego me ha llevado a mi coche... que seguía aparcado junto al Abeto Blanco. En ningún momento se aprovechó de mí.

—¡Madre mía!

—Salgo con la intención de demostrarle algo y mira cómo acabo...

—Creo que en lugar de hacerle ver que eres como tu madre, conseguiste que se diera cuenta de lo contrario. Si ni siquiera aguantas un par de copas —le dijo con una sonrisa de comprensión —... y no te marchaste con nadie. Bueno, nadie que no fuera Ryan.

Kelly frunció el ceño.

—Estuve hablando con un tipo, pero Ryan lo espantó.

—¿Ryan echó a un hombre con el que estabas hablando? —le preguntó levantando ambas cejas.

—No estaba hablando —matizó Kelly. —Estaba coqueteando y si, Ryan lo echó, aunque después lo negó. No sé qué le dijo.

Al menos recordaba que aquel hombre se llamaba Tate.

Erica soltó una carcajada.

—Debería contarte la historia de cuando Greg echó a un hombre con el que estaba coqueteando yo poco después de que nos conociéramos.

Kelly suspiró y Erica la miró con gesto de comprensión.

—¿No te parece que puede que Ryan no sea el ogro que crees que es? —le preguntó. —A Greg le cayó muy bien.

—Greg es un hombre —pero después tuvo que admitir: —La verdad es que esta mañana ha estado increíblemente amable. Aún no comprendo por qué...

—Vaya, vaya.

—Quiere que salgamos a cenar a Clearwater esta noche.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que sí.

CAPÍTULO 07

Esa noche, siguiendo las indicaciones que ella le había dado, Ryan descubrió que Kelly vivía a medio camino entre la casa de Hunter y Triste Éxito.

La casa tenía un pequeño jardín que Ryan cruzó para llegar a la puerta. Llamó al timbre y, cuando se abrió la puerta, sintió que se quedaba sin respiración.

Kelly llevaba una chaqueta de color verde botella que se recogía bajo sus pechos y dejaba a la vista un generoso escote. Una falda marrón y unas botas de tacón alto que le llegaban hasta las rodillas completaban su indumentaria.

Al verla se alegró de haber elegido un atuendo formal. Llevaba pantalones beige, camisa a rayas y americana.

—Estás guapísima —le dijo comiéndosela con los ojos.

Ella sonrió y se hizo a un lado para que entrara.

—Pasa, sólo tengo que agarrar el bolso.

En cuanto entró Ryan se dio cuenta de que su casa era una especie de modelo del estilo de Triste Éxito. El vestíbulo se abría directamente al salón, de cuyo techo colgaba una lámpara de cristales de colores. Los sofás de la zona de estar estaban cubiertos de cojines de diferentes formas y estampados. Frente a ellos estaba la chimenea.

—Si el resultado del proyecto de decoración de la casa de Hunter es tan bueno como éste, me atrevo a decir que vas directa al éxito —le dijo volviéndose a mirarla.

—Al Triste Éxito —matizó ella.

—¿Hay otro tipo de éxito?

Kelly sonrió.

—Te enseñaría el resto de la casa, pero me parece que ya vamos un poco justos de tiempo.

Ryan la miró fijamente a los ojos y respondió:

—La próxima vez.

Se hizo un largo silencio durante el que seguramente Kelly se preguntó qué significado debía darle a aquellas palabras. Ryan habría deseado decirle que le diera todo el del mundo, pero no lo hizo.

Finalmente, fue ella la que rompió el silencio.

—Voy a apagar las luces y podemos irnos.

Mientras salían de la casa, Ryan pensó que la noche anterior aquella mujer le había sorprendido al demostrarle hasta qué punto se había equivocado con ella y eso no era algo habitual para él; ni sorprenderse, ni equivocarse.

Kelly sólo se había acostado con un hombre una o dos veces.

Aquella admisión lo había dejado anonadado, pero ella ni siquiera parecía recordarlo.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que seguramente debía de haberla afectado crecer con Brenda Hartley aún más que a él ser el hijo de Webb Sperling. La noche anterior había mencionado incluso que no conseguía deshacerse del pasado de su madre.

Todo eso significaba que había cometido un terrible error con ella al acusarla de ser como su madre y al pensar que sabía perfectamente cómo era. El modo en que se había vestido y comportado la noche anterior no encajaba con su poca experiencia sexual, pero parecía haberlo hecho para darle una lección. De hecho, había dicho que sólo se estaba comportando como se esperaba de ella.

También se le ocurrió que quizá hubiera empezado como diseñadora aprovechando al máximo un presupuesto limitado. El recuerdo que Ryan tenía de Brenda era que nunca había tenido demasiado dinero y en el pueblo se decía que había sido una madre algo despreocupada.

De camino al restaurante charlaron un poco de todo y, al llegar allí, Ryan se aseguró de que les dieran la mesa que tuviera las mejores vistas del lago Tahoe.

Hablaron de cosas sin importancia como el tiempo y el esquí, pero después de pedir la comida, Ryan se recostó sobre el respaldo de la silla y la observó.

Tenía unos rasgos extraordinarios y la combinación de los labios carnosos y los ojos castaños con destellos dorados le daba un toque de exotismo.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó con cierta inseguridad.

—Eres muy guapa —se limitó a decir, lo cual era un hecho más que un cumplido.

Kelly se quedó unos segundos en silencio, sin saber cómo reaccionar, hasta que finalmente dijo:

—Gracias.

—Y también creo que no te hace del todo feliz serlo —añadió él.

Ella bajó la mirada.

—No sé a qué te refieres.

—No pareces sentirte muy cómoda con el hecho de ser hija de Brenda Hartley.

—Supongo que igual de cómodo que te sientes tú siendo hijo de Webb Sperling —replicó ella.

Ryan asintió.

—Tienes razón —dijo, y después la miró a los ojos. —¿Has hablado con él últimamente?

—¿Con quién?

—Ya sabes con quién. Con el ex amante de tu madre —explicó con la determinación de que ambos se enfrentaran al asunto.

—¿Por qué habría de decírtelo? —replicó ella— Es evidente que no apruebas mis negociaciones con su empresa.

—No me gusta que nadie haga negocios con el diablo.

—Hay muchos que dicen que eres despiadado y cosas peores. Yo también leo los periódicos.

Ryan cambió de táctica.

—Webb Sperling es un mujeriego.

Kelly no dijo nada.

—Cuando empecé a oír rumores de que tenía una aventura con tu madre —siguió diciendo él, —sabía que no era la primera vez que engañaba a mi madre, pero a ella acababan de diagnosticarle un cáncer de pecho en estado muy avanzado. Me parecía que lo menos que podía hacer el muy sinvergüenza era mantener la bragueta cerrada mientras ella se sometía a la quimioterapia y luchaba contra la enfermedad.

Kelly siguió en silencio, pero esa vez parecía que no quería hablar, sólo escuchar.

—¿Tú sabías lo de su aventura?

En aquel momento la respuesta que Kelly le diera no iba a cambiar nada, pero sentía curiosidad.

Finalmente, asintió.

—Mi madre tiene una habilidad especial para elegir a los peores hombres en los peores momentos, empezando por mi padre... e incluso antes de eso —hizo una breve pausa y luego añadió: —Yo nunca llegué a conocerlo.

—¿A tu padre?

Volvió a asentir.

—Brenda no estaba completamente segura de quién era, pero pensaba que era un viajante que había pasado por Las Vegas cuando ella trabajaba en un casino.

—Bueno, yo al menos soy hijo legítimo —murmuró él. —Webb se aseguró de que fuera así; no podía arriesgarse a perder el dinero de mi madre.

—Vi a Webb un par de veces mientras estaban juntos —admitió Kelly y después arrugó la nariz. —Digamos que Brenda y él no eran una pareja muy discreta.

Ryan sonrió.

—¿La llamas Brenda?

—¿No le llamas tú Webb?

Una carcajada escapó de su boca.

—Mira, una cosa más que tenemos en común.

—A Brenda no le gustaba que le recordaran que era madre —

explicó Kelly. —Ya era suficiente con que mi llegada hubiera frustrado sus aspiraciones como corista. Por supuesto ahora que tengo veintiocho años, ella preferiría que mintiera y dijera que somos hermanas.

—Con tu aspecto, no la culpo por ello.

—Gracias. Al menos tú pudiste escapar de Clayburn e irte a Harvard.

—Sí, pero pronto me di cuenta de que no sirve de nada intentar olvidar el pasado.

—Es fácil decirlo —dijo ella. —Tú siempre has tenido dinero, poder...

—Y tú nunca lo tuviste —terminó él.

—Exacto.

—¿Sabes? Recuerdo que pasé por delante de la casa en la que vivías con tu madre.

Kelly parecía sorprendida.

—Pensé que ni siquiera sabías que yo existía.

—Sabía perfectamente quién eras. Los rumores que corrían por el pueblo se encargaron de que lo supiera. Pero por orgullo, yo fingía no reconocerte.

—Entonces, ¿por qué pasaste por delante de mi casa?

Ryan se encogió de hombros.

—Por curiosidad. Aquel día estaba muy furioso con mi padre y estaba conduciendo por ahí, sin ir a ninguna parte...

—Recuerdo que a menudo pasabas a toda prisa por el pueblo con tu coche...

—El caso es que se me ocurrió ir a ver dónde vivía su última fulana.

Kelly levantó las cejas al oír aquella palabra.

—Eso era lo que pensaba en aquel momento —se justificó él.

—No te preocupes, he oído cosas peores sobre Brenda.

—Y yo sobre Webb.

Ryan sintió que había surgido una especie de camaradería entre ambos.

—Aquel día te vi entrar a tu casa con el uniforme de la heladería — siguió recordando.

—Seguro que me odiabas.

—No —respondió muy despacio. —Estaba demasiado enfadado con Webb como para pararme a pensar en cualquier otra cosa.

—Nunca te vi en Sloanie's, y eso que era la mejor heladería del pueblo.

—No quería encontrarme contigo —se echó a reír. —Además, si alguien me hubiera visto comprando un helado, habría arruinado mi imagen de chico malo.

—Recuerdo que te veía por ahí alguna vez —dijo ella. —Por supuesto, yo sabía que eras hijo de Webb Sperling, pero aunque no lo hubiera sabido, el Jaguar descapotable te habría delatado como hijo de la familia más rica del pueblo.

Ryan sonrió con nostalgia al escuchar esas palabras.

—Me encantaba ese coche.

La llegada de la comida interrumpió la conversación y después la recondujeron hacia otros temas, pero entre ellos se había establecido una corriente de comprensión y Ryan estaba seguro de no ser el único que la sentía. Igual que estaba seguro de que tampoco era el único que sentía la energía sexual que había en el aire.

Después de la cena la llevó a casa y, al detener el coche, Kelly le dijo:

—¿Quieres entrar... a tomar un café? ¿O... un té? —añadió riéndose.

El también sonrió.

—Prefiero un té, por la novedad.

Una vez dentro y, después de despojarse de las chaquetas, Ryan la siguió a la cocina y charlaron mientras hervía el agua. Ya con el té preparado, volvieron al salón y se sentaron en el sofá.

La conversación versó durante un rato sobre Tahoe y el crecimiento que había sufrido California, y después Ryan le contó algunas divertidas anécdotas sobre Silicon Valley.

—Estar aquí es como adentrarse en una especie de santuario —comentó poco después, mirando a su alrededor.

—¿Quieres que te enseñe la casa ahora? —preguntó Kelly.

Ryan asintió, pues estaba deseando desvelar el misterio que Kelly Hartley era para él.

Además del salón y la cocina, en el piso de abajo había también un cuarto de plancha y un pequeño baño con velas aromáticas. En el piso superior había tres habitaciones y un cuarto de baño. Una de las habitaciones era un dormitorio de invitados con una enorme cama con dosel y, junto a ella, la segunda habitación albergaba un taller que también hacía las veces de despacho y donde Ryan pudo ver un escritorio, una máquina de coser y una estantería llena de rollos de tela.

Por fin llegaron a su dormitorio. Una cama con cabecero de hierro ocupaba la mayor parte de la habitación. Sobre ella había una araña con lágrimas de cristal azul y en el suelo otra lámpara con una pantalla de popelina. A un lado de la cama había un tocador con espejo y, al otro, una estantería blanca llena de libros y fotos.

Ryan se volvió a mirar a Kelly.

—Es como ver tu estilo en su máxima expresión. ¡Vaya!

—Gracias... supongo —dijo con vergüenza, pero halagada.

—De nada.

Ella miró por la ventana.

—Acabo de darme cuenta de que hay luna llena.

Ryan fue junto a ella.

—¿Y?

La miró y volvió a sentir la necesidad de besarla. Al mismo tiempo, ella levantó la mirada hacia él y sus ojos se encontraron. Muy despacio, Ryan levantó las manos hasta ponérselas en los hombros y la giró para dejarla frente a él. Después bajó la cabeza lentamente y la besó en los labios.

Ella suspiró contra su boca y el beso se hizo más profundo, dando rienda suelta a la tensión que la cena no había hecho más que aumentar.

Poco después Ryan separó la boca de la de ella para explorar su cuello y sus orejas. Kelly se aproximó más a él y volvió a suspirar al tiempo que lo estrechaba entre sus brazos.

Después de un rato no tuvo más remedio que separarse de ella; con Kelly tenía que ir despacio. Respiró hondo para intentar pensar con claridad.

—¿Qué vas a hacer mañana?

Al día siguiente era domingo, por lo que la tienda estaría cerrada.

—Trabajar en la casa —respondió ella con voz profunda.

—Muy bien.

Tenía una sorpresa para ella y, afortunadamente, habían anunciado cielos despejados para el día siguiente.

—Debería estar trabajando. Esto es una locura —Kelly se apartó el pelo de la cara, luchando en vano contra el viento.

Ryan sonrió en respuesta a sus palabras. Estaba de pie junto a las velas del barco, y Kelly pensó que nunca antes lo había visto tan relajado. Viéndolo allí, no le habría extrañado nada que hubiera sido pirata en otra vida.

Esa mañana había llegado muy temprano a la casa porque era domingo y no tenía que abrir la tienda. Su intención había sido dedicar el día entero a la casa, pero Ryan tenía otros planes. Después de tres horas de trabajo, le había quitado de las manos el jarrón al que trataba de buscarle un lugar y había anunciado que iban a tomarse el resto del día libre.

Lo que Kelly no había imaginado era que ya había preparado una cesta de picnic y había alquilado un barco.

Al ver el maravilloso sol que brillaba en el cielo, Kelly se había dado cuenta de que no podía negarse.

Ahora se encontraban en medio del lago Tahoe con un increíble

cielo azul sobre sus cabezas. Ryan había alquilado un balandro, con un solo mástil y dos velas. Ella sólo había montado en barco una vez antes de aquélla, por lo que Ryan le había enseñado unas nociones básicas de navegación antes de apartarse del muelle.

—¿Dónde aprendiste a navegar? —le preguntó mientras observaba la soltura con la que se manejaba a bordo, pero no le dejó contestar. —No, espera. Deja que lo adivine. Era una de las asignaturas del instituto.

Ryan se echó a reír.

—Casi. En realidad aprendí a navegar aquí mismo, en el lago Tahoe. Solíamos venir aquí de vacaciones.

¿Había estado allí muchas veces?

—El primer día que entraste en mi tienda te comportaste como si no conocieras la zona. Me pediste que te recomendara un sitio para ir a comer...

—Trataba de ligar contigo.

Kelly volvió a verse invadida por el deseo al tiempo que algo indefinible, pero muy intenso, se apoderaba del ambiente.

Con el cielo de un color azul intenso de fondo, Ryan estaba arrebatadoramente atractivo. Con aquellos pantalones de color caqui y el polo azul, parecía sacado de un anuncio de Ralph Lauren.

Ella no había ido preparada para salir a navegar, pero al menos aquel día se había puesto pantalones y sandalias planas.

Cuando Ryan tuvo que volver a ocuparse de las velas, Kelly repasó todo lo ocurrido durante el fin de semana. No había tenido intención de contarle tantas cosas de sí misma durante la cena en Clearwater, pero lo cierto era que ahora comprendía mejor la furia de Ryan y se identificaba con él porque, al igual que Webb, Brenda no había sido una madre muy responsable.

—Es hora de comer —anunció Ryan unos minutos más tarde. —Estoy muerto de hambre.

—No puedo creer que hayas preparado una cesta de picnic.

Ryan sonrió con gesto travieso.

—Y son todos productos de calidad, cortesía de uno de los lugares más elegantes de Tahoe.

CAPÍTULO 08

La siguiente semana pasó en un abrir y cerrar de ojos entre la tienda, la decoración de la casa y, sobre todo, Ryan y más Ryan.

El siguiente fin de semana se dio cuenta con cierta sorpresa de que su trabajo en la casa estaba prácticamente terminado y sabía que no habría podido hacerlo sin la ayuda de Ryan.

No había sabido nada de Webb Sperling, pero prefirió no pensar en ello. Se dijo a sí misma que aún tenía tiempo, pero en el fondo sabía que no quería estropear la armonía que reinaba ahora entre Ryan y ella.

El domingo por la tarde, cuando se disponía a marcharse de la casa, Ryan le dijo algo que la sorprendió:

—¿Por qué no entras? Podemos sentarnos en el porche a ver la puesta de sol.

—Debería irme a casa —las palabras salieron de su boca de manera automática.

—¿Por qué? —le preguntó él sin rodeos. —Los dos sabemos que la tienda no abre los lunes —entonces sonrió. —De hecho, como seguramente tendrás que volver a trabajar aquí mañana, lo más lógico es que te quedes a pasar la noche.

Aquellas palabras le provocaron a Kelly una extraña sensación en el estómago, y entonces vio el brillo pícaro que había en sus ojos.

—Además, ya conoces la habitación de invitados —dijo.

Kelly levantó las manos.

—Pero... no he traído ropa...

La sonrisa de sus labios se hizo más grande.

—¿Quieres que te diga cómo solucionaría yo ese problema?

Sintió cómo se le sonrojaban las mejillas. Aún no estaba acostumbrada a sus provocadoras bromas.

Toda la semana anterior había sido maravillosa, pero no había vuelto a intentar besarla. No había hecho nada, pero seguramente eso también podría interpretarse como una provocación.

Mientras, ella había observado cada movimiento de su magnífico cuerpo y hasta su respiración.

—Vamos, Kelly, entremos—dijo poniéndole una mano en el brazo.
—Abriremos una botella de vino y hablaremos del sentido de la vida.

Kelly se relajó un poco.

—Está bien.

Unos minutos después, salieron al porche con una botella de vino tinto y dos copas. Kelly intentó no mirar la bañera de hidromasaje, ni recordar la primera vez que lo había visto en la casa.

—Doy fe de sus efectos relajantes —murmuró él.

—¿Qué? —preguntó ella, sobresaltada.

—La bañera de hidromasaje. Es genial —hizo una pausa y la miró fijamente a los ojos. —¿Quieres probarla?

—¡No, gracias!

Había vuelto a responder de manera automática, pues la mera idea de meterse en una bañera con Ryan le aceleraba todos los sentidos.

—No me digas que nunca has probado una bañera de hidromasaje —dijo en tono burlón.

—No todos venimos de un ambiente tan afortunado —comenzó diciendo, pero enseguida suavizó el tono. —De todos modos, no tengo nada que ponerme.

En sus ojos apareció un brillo malicioso.

—No creo que debas permitir que eso suponga un obstáculo —debió de ver su falta de reacción, porque se encogió de hombros y añadió: —Tenía que intentarlo. Si quieres, puedo dejarte una camiseta y unos calzoncillos. Puedes incluso dejarle puesta la ropa interior... —esbozó una picara sonrisa. —Sé lo importante que es para ti.

Kelly se preguntó cuánto más podría aguantar aquellas provocaciones.

—¿Y tú qué te pondrás?

—Un bañador.

—No debería hacerlo.

Ryan se echó a reír.

—Pero vas a hacerlo.

Volvieron al interior de la casa, donde Ryan le dejó la ropa y, una vez cambiados, se reunieron otra vez en el porche.

La melodía del jazz que salía por los altavoces del i-Pod inundaba el aire.

Ryan la observó de arriba abajo al verla aparecer.

—No imaginaba que mi ropa podría resultar tan sexy.

Kelly volvió a sonrojarse. Le resultaba muy íntimo llevar su ropa.

El hidromasaje ya estaba encendido; el agua llena de burbujas estaba iluminada desde el interior de la bañera. La verdad era que resultaba muy tentador, pensó Kelly con un escalofrío.

Ryan dejó las copas en una mesita que había junto a la bañera y después le tendió una mano.

—Ven. A ver si conseguimos que entres en calor.

Kelly habría querido decirle que él conseguía que entrara en calor sólo con mirarla, pero se limitó a poner la mano sobre la suya v meterse en la bañera.

—Ten cuidado —le dijo él.

Kelly sabía que no era eso lo que estaba haciendo... no estaba teniendo ningún cuidado, ni con él, ni con nada.

Se sentaron el uno frente al otro. Kelly cerró los ojos y se recostó

hacia atrás.
—¿Mejor ahora?
Kelly asintió. Después de unos momentos de silencio, Ryan volvió a hablar: —Mira hacia arriba.
Al hacerlo se encontró con un cielo cubierto de estrellas.
—Supongo que no habrás tenido mucho tiempo de observar las estrellas a lo largo de tu vida —comentó él y, al ver que ella le daba la razón, añadió: —Yo tampoco.
Entonces Kelly lo miró.
—¿Por qué crees que Hunter quería que tus compañeros de universidad y tú tuvierais que pasar aquí un mes?
—¿Te preguntas por qué no dejó el dinero directamente a alguna obra benéfica?
Ella asintió.
—Una noche hace muchos años, después de tomar muchas cervezas, todos hicimos una promesa. Prometimos que lograríamos el éxito por nuestros propios medios, al margen de nuestras familias, y que volveríamos a reunirnos después de diez años. En cuanto Hunter cayó enfermo, todos olvidamos aquella locura. Pero parece que él no lo hizo —levantó la vista al cielo. —Quizá supiera que lo necesitaríamos y que tendría que ser él el que nos obligara a venir aquí y tomarnos un momento para mirar las estrellas.
—Y supongo que estaba en lo cierto, porque me da la sensación de que hacía mucho que no te tomabas un respiro para mirar las estrellas.
—Una eternidad —respondió con gesto ausente, pero enseguida volvió a mirarla. —¿Y tú?
—También.
Se hizo un plácido silencio durante el que Kelly tomó un sorbo de vino y luego perdió la mirada en los árboles que se veían a lo lejos. Después, volvió a hablar.
—¿Entonces Hunter y tú erais buenos amigos?
—Sí. Yo no tengo hermanos, así que aquellos seis compañeros de la universidad eran como mis hermanos —dijo con una triste sonrisa— Nos llamábamos los «siete samuráis».
Kelly se echó a reír.
—¿A quién se le ocurrió el nombre?
—Supongo que la culpa fue de todas las noches que pasamos comiendo pizza y viendo películas de Kurosawa. Estudiábamos mucho, pero también lo pasábamos bien.
—Da la sensación de que fuera una de las mejores épocas de tu vida.
—Lo fue.
—¿Te resultó duro ser hijo único?

—¿A ti? —preguntó sin responder a la pregunta.

—Era más difícil ser hija de Brenda Hartley.

Ryan levantó su copa a modo de brindis.

—A mí me pasaba lo mismo.

—Para Brenda era como si los días de juerga de la universidad nunca hubieran pasado —explicó. —Aunque ella nunca fue a la universidad...

—Pero tú sí —dijo él.

—Sí —lo miró con sorpresa. —¿Cómo lo sabes?

—Me lo he imaginado.

—Fui a la universidad pública de Reno y conseguí licenciarme en Administración de empresas.

La conversación derivó hacia los retos que suponía crear un negocio. Kelly estaba fascinada con todas las anécdotas que tenía Ryan de su subida a la cumbre del mundo de la comunicación por cable.

—Quiero preguntarte algo que me ha estado intrigando. ¿Por qué te estableciste cerca de Tahoe, y más concretamente en Hunter's Landing?

Kelly suspiró.

—La historia de cómo llegué donde estoy es mucho menos interesante que la tuya.

—Soy todo oídos.

Lo observó unos segundos y se dio cuenta de que parecía estar sinceramente interesado.

—Sabía que no quería irme a Las Vegas y Reno no estaba lejos. Encontré un trabajo allí y me matriculé en la universidad. Poco después empecé a hacer excursiones a Tahoe. Me enamoré de esta zona y, como hay muchos turistas, me pareció el lugar perfecto para abrir un negocio.

—Tienes buen instinto —dijo él.

Para entonces, ambos habían apurado sus copas y la música había dejado de sonar, con lo que sólo se oía el silencio de la noche.

—Podría quedarme aquí toda la vida, pero empiezo a estar arrugada como una pasa —admitió Kelly.

—¿Vamos dentro?

—Sí.

La charla había sido tan amena y relajada, que Kelly había olvidado que estaban prácticamente desnudos. Sin embargo, al llegar el momento del salir del agua, se sintió algo turbada.

Sus nervios no hicieron más que aumentar al ver el cuerpo perfecto de Ryan fuera de la bañera. Kelly no pudo hacer otra cosa que observarlo, consciente de su increíble virilidad.

Entonces él se volvió hacia ella para ayudarla a salir.

Kelly aceptó su mano y salió del agua.

—Gra... gracias —dijo al agarrar la toalla que él le brindaba, y atribuyó el tartamudeo al frío.

Pero cuando miró a Ryan a los ojos se dio cuenta del modo en que estaba observándola y, al bajar los ojos, vio lo que él estaba viendo.

La camisa completamente empapada se le había pegado al cuerpo, marcando todas sus curvas. Los pezones, endurecidos por el frío, se distinguían a través de la fina tela del sujetador y de la camisa y sus pechos parecían más grandes que cuando llevaba su propia ropa.

Sintió un escalofrío. Ryan no dejó de mirarla, sino que se acercó a ella y le apartó un mechón de pelo de la cara. Después no apartó la mano, le acarició la mejilla, luego el cuello y siguió bajando...

Recorrió la curva de su pecho.

—Tienes un cuerpo tentador y cabello de sirena.

Kelly sintió que le faltaba la respiración. El también parecía estar librando una batalla, atrapado entre el deseo y otra cosa que no supo identificar.

—Debería odiarte —susurró ella, en un recurso desesperado por evitar lo que estaba ocurriendo entre ellos.

—No, ya no. De verdad —dijo él.

—Pero quiero odiarte.

—Yo también quería odiarte a ti —admitió sin el menor atisbo de estar arrepentido. —Pero no puedo. Te deseo.

La miró con los ojos llenos de pasión y después le puso la mano en la nuca y la acercó hacia sí. Observó durante unos segundos antes de inclinar la cabeza hasta que sus bocas se rozaron.

Mientras dejaba caer la toalla, Kelly pensó que aquel momento había sido inevitable desde el momento en que Ryan había entrado en su tienda por primera vez.

Si no hubiera descubierto quién era y él quién era ella, seguramente habría ocurrido mucho antes.

Sus labios se apoderaron de los de ella, que al mismo tiempo se amoldó a su cuerpo, buscando su calor. Kelly le acarició el pelo y, al llegar a la nuca, lo atrajo un poco más hacia sí y lo besó apasionadamente, alimentando su pasión.

Una vocecilla en su interior le decía que aquello no estaba bien, pero era muy débil y el deseo no tardó en ahogarla.

Ryan hacía que se sintiera seductora y llena de vida.

Pasaron varios minutos antes de que él levantara por fin el rostro y respirara hondo.

—Te deseo —afirmó.

—Sí.

—¿Sí?

—Hazme el amor —dijo ella, olvidándose de todo.

Aquellas palabras parecían ser todo lo que Ryan necesitaba, porque acto seguido la levantó en sus brazos y la llevó al interior de la casa.

—Vamos dentro. Hace mucho frío.

Subió las escaleras sin el menor cansancio aparente y, cuando llegó al piso de arriba, recorrió el pasillo con la misma determinación hasta alcanzar el dormitorio principal. Una vez allí, la dejó en el suelo, cerca la cama.

—Bésame —dijo él.

Kelly obedeció porque era lo que más deseaba hacer. El beso se prolongó mientras sus cuerpos trataban de unirse más y más. Kelly sintió un calor líquido entre las piernas.

—Te deseo con todas mis fuerzas —susurró él separando por fin sus labios de los de ella.

—Sí —ella sentía lo mismo.

Ryan se sentó en la cama y se inclinó hacia ella hasta tomarle un pecho con la boca al tiempo que emitía un gruñido de placer.

Ella se agarró de sus hombros y se dejó llevar por aquella increíble sensación.

—Ryan...

Cuando él retiró la boca, Kelly se dio cuenta de que ardía de deseo por él. Dejó que le quitara la camisa y los calzoncillos, sus calzoncillos. La despojó también de las braguitas y la tumbó sobre la cama. La mano de Kelly lo rozó accidentalmente, pero al sentirlo, dejó allí la mano y acarició su erección, arrancando un gemido de sus labios. Finalmente, cuando parecía que ya no podía aguantarlo más, Ryan se quitó el bañador.

Kelly cubrió su miembro con la mano y sonrió al ver su reacción. Era maravilloso tener a Ryan Sperling en sus manos, literalmente.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó él.

—Por nada —negó, pero enseguida aprovechó la oportunidad de provocarlo. —Estaba pensando en darte placer… y en la sensación de tenerte en la palma de mi mano…

—Ah, ¿sí?

Se tumbó a su lado sobre la enorme cama y comenzó a acariciarla.

—Aquel día, cuando entraste a la tienda —comenzó a decir Kelly, haciendo un esfuerzo por pensar, —antes de saber quién eras, me sentí atraída por ti nada más verte.

Él levantó la cabeza y sonrió pícaramente.

—Yo te deseé desde el primer momento.

—¿De verdad? —preguntó, sorprendida.

—Ya he admitido que intenté ligar contigo. Claro que te deseaba.

—Yo pensé que…

—¿Qué? —volvió a sonreír. —¿Crees que intento ligar con todas las jóvenes empresarias que venden juegos de té de tazas diferentes?

Kelly fingió haberse ofendido. El recorrió el borde inferior de su sujetador y coló un dedo por debajo.

—¿No vas a quitártelo?

—Se abre por delante.

—En ese caso... —se apoyó en un codo y le desabrochó el sujetador. Sus pechos quedaron libres. —Eres tan hermosa... —afirmó mientras recorría el contorno de uno de sus senos.

Después la besó y acarició cada centímetro de su cuerpo hasta hacerla enloquecer. Al sentir cómo introducía un dedo en la ardiente humedad, Kelly sintió un escalofrío de placer.

—Ryan —susurró, casi sin fuerzas para hablar.

Pero él continuó, cada vez un poco más rápido.

Ella gimió, completamente entregada a la sensación. Y entonces alcanzó la cima del placer y se aferró a su brazo como si fuera lo único que la anclaba al mundo.

Aún no se había recuperado cuando notó el calor de su boca y volvió a crecer la tensión dentro de sí. Se tapó la cara con una almohada, pero él se la quitó.

—Quiero oírte —le dijo él.

Continuó dándole placer con la boca hasta que un fuego líquido la invadió por dentro. El clímax le llenó los ojos de lágrimas.

Después se quedó tumbada, incapaz de moverse mientras pensaba que en su limitada experiencia, no había vivido nada comparado con aquello... nada que la hubiera preparado para Ryan Sperling.

Él le besó la cara interna de los muslos antes de tumbarse a su lado. Kelly le vio abrir un cajón de la mesilla y sacar un preservativo.

—Deja que lo haga yo —le dijo ella, y vio cómo sus ojos empezaron a arder al oírlo.

Nunca antes lo había hecho, pero Ryan hacia que se sintiera capaz de cualquier cosa.

Agarró el preservativo, pero al verlo tumbado boca arriba a su lado, en lugar de ponérselo, le dio placer con la boca.

Primero sintió la tensión de la sorpresa, pero luego lo vio relajarse y disfrutar.

—Kelly...

Oyó la advertencia implícita en su voz, pero continuó a sabiendas de que estaba poniendo a prueba su autocontrol.

—Me encanta que seas tan audaz —dijo con una sonrisa en los labios.

Pasó un tiempo antes de que finalmente le pusiese el preservativo.

Para entonces, ninguno de los podía seguir esperando.

Ryan se colocó encima y le separó las piernas. Después la miró a los ojos y, sin apartar la mirada, se sumergió dentro de ella suavemente.

Comenzó a moverse muy despacio, dejando que el placer aumentara poco a poco, pero al alcanzar el clímax, Kelly lanzó un grito liberador y se apretó con fuerza contra él, que no tardó en dejarse arrastrar por el mismo placer y deshacerse dentro de ella.

Al terminar, Kelly se abrazó a él, consciente de que era totalmente suya.

CAPÍTULO 09

Cuando Kelly despertó a la mañana siguiente, miró a su lado y parpadeó varias veces. Ryan la miró también; tenía el pelo alborotado.

Se lo había despeinado ella, recordó. La noche anterior había sumergido las manos en su pelo, pero había hecho mucho más que eso.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días —respondió ella, repentinamente insegura.

Intentó ver la hora en el reloj que había sobre la mesilla.

—Son sólo las ocho —dijo Ryan. —Aún queda mucho para que tengas que empezar a trabajar y, además, es aquí mismo —añadió con una sonrisa. —Qué suerte tienes. Sólo tienes que salir de la cama y ya estás en el trabajo.

La noche anterior había sido todo lo que Kelly había imaginado que debía ser el sexo. Millones de veces había imaginado cómo sería y finalmente se había hecho realidad con Ryan Sperling.

—Anoche fue increíble —dijo él como si acabara de leer sus pensamientos.

Kelly sintió una agradable sensación. Para ella también había sido increíble, pero no tenía la experiencia que sin duda tendría él.

—Hacía algún tiempo que no estaba con nadie —comentó Ryan.

Kelly lo miró con sorpresa. Era ella la que llevaba la mayor parte de su vida adulta guardando celibato.

—¿De verdad? ¿Por qué? —le preguntó.

—Supongo que estaba ocupado con otras cosas...

—Yo también llevaba tiempo sin estar con nadie —admitió ella.

—Sí, lo sé —por debajo de las sábanas, comenzó a acariciarle la pierna.

¿Lo sabía? ¿Acaso había sido tan obvia su falta de experiencia? Sintió que le ardían las mejillas de la vergüenza.

—¿Cómo lo sabes? ¿Fue tan evidente?

Ryan negó con la cabeza y le dio un rápido beso.

—No, pero esa noche en el Abeto Blanco, cuando te traje a casa, antes de quedarte dormida...

Kelly se puso en tensión. Desde aquella noche se había preguntado muchas veces si habría olvidado algo importante.

—... dijiste que sólo habías estado con un hombre y sólo un par de veces.

—¿Dije eso? —parecía que cuando se emborrachaba tenía tendencia a desvelar sus secretos más íntimos.

Ryan volvió a sonreír.

—La conversación fue un poco... inconexa aquella noche. Te metí en la cama y un momento antes de quedarte dormida, dijiste algo de

que nunca habías pasado la noche con nadie, pero —se rió con picardía—... que conste que te metí en la cama en el sentido más literal de la expresión.

Kelly frunció el ceño.

—¿Entonces sabías todo eso cuando te acostaste conmigo anoche?

—Sí —admitió sin dejar de sonreír.

Sus palabras cayeron sobre ella con la fuerza de una explosión, pero al mirarlo supo que él no se había dado cuenta de nada.

«Qué sinvergüenza», pensó.

Desde el principio había sabido lo inexperta que era. Ahora comprendía su cambio de actitud desde la noche del Abeto Blanco. ¿Cómo había explicado él aquel cambio? Sí, había dicho que se había dado cuenta de que todo el mundo cometía errores.

Desde luego que sí, ¡ella había cometido el error de acostarse con él!

Apartó las sábanas y se levantó de la cama.

—¿Adónde vas? —le preguntó él con la misma actitud relajada y satisfecha.

Una actitud que no hizo más que aumentar su ira.

—He sido un objetivo muy fácil, ¿verdad? —había decidido darle una pista de por qué se iba. —Sabías que estaría lista para ti después de tanto tiempo, ¿no es cierto?

Ryan se incorporó en la cama.

—No. Ya te he dicho que yo también llevaba mucho tiempo sin...

—Sí, lo sé —lo interrumpió con un gesto de aburrimiento. —Razón de más para te alegraras de haber encontrado un blanco tan fácil. Caí a tus pies, ¿verdad?

Entonces sonrió con gesto travieso.

—Si es así como quieres decirlo...

—¡No me extraña que de pronto estuvieras dispuesto a olvidarte de que era la hija de Brenda Hartley!

—No metas a tu madre en esto —se levantó de la cama, olvidándose ya de sonreír y bromear.

Kelly se metió en el baño y cerró la puerta con cerrojo.

—Maldita sea, ¡vuelve aquí para que podamos hablar!

No obtuvo respuesta.

—¡Kelly! —llamó a la puerta y trató de girar el picaporte. —Sal, por favor.

Ella se vistió tranquilamente mientras Ryan seguía llamándola.

—Está bien —dijo después de un rato. —No pienso tener esta conversación a través de una puerta. Voy a bajar a preparar un café y esperaré a que te tranquilices.

Quería decirle que estaba tranquila. De hecho, de repente tenía la

sensación de pensar con más lucidez de lo que lo había hecho desde hacía días.

Ryan no había mencionado que conocía su historia sexual, o más bien su falta de historia, hasta después de habérsela llevado a la cama. Mientras, ella había creído que por fin había empezado a verla tal y como era, pero en realidad no estaba viendo más que una amante potencial.

No podía creer que hubiera empezado a enamorarse de él. Menuda estúpida.

Una vez vestida, respiró hondo. Se marcharía de allí sin dejar que Ryan la convenciera para que hiciera otra cosa. No podía confiar en él.

Tendría que terminar el trabajo de decoración en la casa otro día, pero tendría que encontrar el modo de hacerlo sin tener que cruzarse con él. Llegaría a un acuerdo con Ryan para que no estuviera en la casa cuando ella fuera a trabajar.

Volvió a respirar hondo, abrió la puerta del baño y miró a su alrededor.

La habitación estaba vacía. No pudo evitar mirar a la cama, donde las sábanas arrugadas eran el recuerdo de la noche anterior.

Apartó la mirada con resolución y salió de la habitación rumbo al piso de abajo.

Aquélla era la segunda vez que intentaba escapar sin que Ryan la viera y, aunque esa vez estaba preparada para encontrárselo, prefería no hacerlo.

Llegó al piso de abajo, fue de puntillas hasta la puerta y, al abrirla... el corazón le dio un vuelco.

—¿Brenda?

Su madre, que estaba mirando hacia fuera, se volvió a mirarla.

Kelly tuvo la sensación de que el corazón iba a escapársele del pecho. No, no, no, quería gritar.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con voz aguda.

—He pasado por tu casa, pero no estabas. Como tampoco respondías al móvil, he llamado a Erica. Había salido con los niños, pero Greg me dijo que quizá estuvieras aquí.

—Yo...

—¿No vas a invitarme a entrar?

—Kelly.

Se oyó la voz de Ryan a su espalda y, como en una pesadilla, Kelly vio cómo Brenda miraba hacia dentro al tiempo que ella misma se volvía para ver a Ryan llegar al recibidor.

Los tres se quedaron paralizados.

Ryan miró a la mujer que había en la puerta y después apretó los labios. Aunque no la hubiera visto antes, no le habría resultado difícil adivinar quién era. Era como una versión madura de Kelly.

Había salido a la entrada a arreglar las cosas con Kelly porque la noche anterior había sido fantástica y porque ahora que la había encontrado, no pensaba dejarla marchar. Pero en lugar de eso, se encontró con una de las personas a las que menos habría deseado ver.

—Brenda —dijo Kelly, —no es un buen momento...

Pero Brenda se adentró en la casa, haciendo caso omiso a las palabras de su hija.

—Ya veo que interrumpo algo.

Miró a Ryan de arriba abajo, evaluándolo abiertamente, lo que hizo que Kelly se pusiera aún en más tensión.

—¿Qué te hace pensar eso? —le preguntó Kelly a su madre.

Ryan habría podido decirle que la voz aguda y ligeramente histérica con que hablaba era un buen indicio.

Brenda levantó la mano, con sus uñas pintadas de rojo fuego, y agarró un mechón de pelo de Kelly.

—Tienes pelo de cama —dijo escuetamente.

Kelly se ruborizó y luego miró a Ryan con desesperación. El se acercó para tratar de relajar el ambiente.

—Supongo que eres la hermana de Kelly.

Brenda soltó una carcajada, como si el comentario le hubiera parecido extremadamente divertido.

—Veo que has heredado el encanto de tu padre —se volvió hacia su hija. —Pero he de admitir que me sorprende que hayas elegido al hijo de Webb como compañero de cama.

Kelly resopló con fuerza.

—¿Sabes quién es?

Su madre sonrió con arrogancia.

—Siempre me aseguro de estar al día de los ciudadanos ilustres de Clayburn, tanto de los actuales como de los del pasado —volvió a mirar a Ryan. —Aunque las fotos que he visto de ti en los periódicos locales no te hacen justicia.

Si aquel comentario se lo hubiera dicho cualquier otra persona, se habría sentido halagado, pero se trataba de Brenda Hartley. La ex amante de su padre. La madre de Kelly.

Eso último lo hizo reaccionar.

Kelly parecía estar sufriendo una verdadera agonía y Brenda debió de notarlo también, porque se dirigió a ella con una sonrisa.

—No tienes por qué preocuparte, Kelly. Simplemente me alegro de que al fin estés... —hizo una pausa para mirar a Ryan— pasándolo bien. La verdad es que empezaba a preocuparme por ti, querida.

—¿A qué has venido? —le preguntó Kelly, que parecía estar rezando por que la tragara la tierra.

—¿A qué va a ser? ¡A verte, claro! —se inclinó hacia ella y dio un beso al aire en lugar de dárselo en la mejilla. —Y bueno, puede que también necesite un pequeñísimo préstamo —añadió indicando con los dedos índice y pulgar la nimia cantidad de la que hablaba.

Brenda miró a Ryan.

—Claro que, quizá ahora puedas permitirte algo más...

Ryan decidió que ya había oído suficiente. Había llegado el momento de hacer algo.

—Adelante, Brenda —dijo.

—En realidad ya nos vamos —se apresuró a decir Kelly.

—No, no os vayáis.

Brenda dio una palmada de entusiasmo.

—¡Me encantan los hombres que toman el control de las situaciones!

Ryan miró a Kelly a los ojos antes de volver a dirigirse a Brenda.

—¿Te apetece un café?

—Me encantaría —respondió ella.

—Muy bien, entonces yo me voy —decidió Kelly.

Ryan se encogió de hombros y se dirigió a la cocina seguido de Brenda. Tenía ciertas negociaciones que hacer con ella y, si Kelly no estaba delante, tanto mejor.

—Está bien —dijo Kelly a su espalda, dejando bien claro lo exasperada que estaba con la situación. —En ese caso, yo voy a volver arriba a darme una ducha. Avisadme cuando hayáis terminado de tomaros el café.

Ya en la cocina, Ryan invitó a Brenda a que se sentara y agarró la cafetera.

—¿Cómo lo tomas? —le preguntó.

—Solo y sin azúcar.

—Lo imaginaba.

Esperaba que lo invadiera el odio al quedarse a solas con ella. Durante años había detestado a Brenda Hartley por tener una aventura con su padre.

Pero, sorprendentemente, lo único que sentía en aquel momento era indiferencia. Estaba preparado para encargarse de ella del mismo modo que se había encargado de todo lo que se había interpuesto en su camino hasta el momento... de un modo frío, práctico y calculador.

Así pues, dejó la taza de café frente a ella y le preguntó sin preámbulos:

—¿Por qué te acostaste con Webb?

Ella tomó un sorbo de café, sin la menor prisa por responder.

—Era rico —soltó una carcajada. —Y muy bueno en la cama.

—Es un sinvergüenza. Su mujer se estaba muriendo.

Brenda se encogió de hombros y de pronto aparentó tener todos y cada uno de los años que realmente tenía.

—Para los hombres como Webb, la vida es demasiado corta para renunciar a cualquier tipo de diversión —entonces levantó un dedo en señal de advertencia. —Pero no creas que es el único hombre casado que se sale del buen camino. Al menos él era muy generoso.

—Seguro que sí —respondió Ryan con sequedad. —Pero esa generosidad acabó hace ya mucho y tú tienes que buscar una nueva presa.

Brenda frunció el ceño.

—Yo no...

—¿Cuánto? —la interrumpió.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto ibas a pedirle a Kelly?

Al oír aquello, Brenda se apoyó en el respaldo y en su rostro apareció una enorme sonrisa.

—Me gustan los hombres que no tienen miedo a hablar de negocios.

A la mañana siguiente, cuando Kelly llegó a la tienda, Erica estaba esperándola.

—Bueno —dijo su amiga y empleada, —¿qué tal fue la cita con Ryan?

—¿Por dónde empiezo? —respondió Kelly. —Brenda apareció ayer por la mañana justo cuando yo intentaba escabullirme de la casa sin que Ryan me viera.

Erica la miró fijamente con la boca abierta. Seguramente aquélla era la única vez que Kelly la había visto sin palabras.

—Vaya... yo tampoco sé bien por dónde empezar —dijo después de unos segundos. —¿Brenda está en Tahoe? ¿Te acostaste con él? ¿Y qué quieres decir con que intentabas escabullirte sin que él te viera?

Kelly le contó todo lo sucedido, omitiendo tan sólo los detalles más íntimos. Y acabó el relato diciendo:

—¡No me extraña que cambiara de actitud después de aquella noche en el Abeto Blanco!

—Bueno —dijo Erica, —lo que está claro es que tu vida es mucho más emocionante que la mía, que se reduce al trabajo y a los niños. Tienes una vida más emocionante que una serie de televisión.

—Ahora mismo preferiría que fuera un poco más aburrida.

Erica se echó a reír.

—Pues no deberías, teniendo cerca a un bombón como Ryan Sperling.

—¿Es que no has oído lo que he dicho? Lo único que quería era llevarme a la cama.

—Sí, bueno, ése era el principal objetivo de Greg cuando nos conocimos.

Kelly miró a su amiga y se dio cuenta de que había creado cierta duda. Erica llevaba casi diez años casada, tenía más experiencia con los hombres y aun así no parecía dispuesta a condenar a Ryan.

—¿Estás diciendo que está bien lo que hizo? —le preguntó.

—No, es un sinvergüenza —aseguró, pero su tono era jovial. —Pero es un hombre, así que su comportamiento es comprensible... incluso predecible.

Kelly se quedó pensativa unos segundos.

—Teniendo a Brenda cerca —dijo Erica, —será mejor que esconda las piezas que acabamos de recibir. La última vez que estuvo aquí se llevó un joyero nuevo y un jarrón.

Kelly pasó los siguientes cinco días como anfitriona de su madre y tratando de olvidarse de Ryan Sperling.

Por suerte, se vio obligada a pasar bastante tiempo en la tienda y Brenda estaba encantada de entretenerse por su cuenta con lo que Tahoe tenía que ofrecer, especialmente los casinos.

El jueves por la mañana, mientras se preparaba para irse a trabajar, Kelly pensó con alivio que su trabajo en la casa había llegado prácticamente a su fin. Ya habían llegado los muebles de todas las habitaciones y, a excepción de un par de adornos y de colgar algún cuadro, había terminado.

Igual que habían terminado Ryan y ella, pensó todavía con furia. Muy pronto no tendría que volver a verlo. Ya no tendría que ir a trabajar a la casa y su estancia en Hunter's Landing habría acabado también.

Desde que se había marchado de la casa tres días antes, Ryan no se había puesto en contacto con ella y, por mucho que odiara admitirlo, le dolía que no lo hubiera intentado siquiera. Lo único que se le ocurría era que ahora que sabía que ella estaba al corriente de su juego, se había buscado otra diversión.

Tres días antes, cuando había vuelto a bajar después de darse una ducha, Kelly había encontrado a Brenda en el salón.

—¿Estás lista? —le había dicho simplemente, pues no quería una nueva confrontación con Ryan.

—¿Es que no vas a despedirte de Ryan? —había sido la respuesta de Brenda.

—Nos vamos a ver muy pronto —explicó ella. —Él lo entenderá.

—Acepta un consejo, querida. Si no quieres perder a un hombre, nunca te marches sin despedirte de él.

Al recordar ahora las palabras de Brenda, Kelly suspiró y se dio cuenta de que aquel consejo lo decía todo sobre el tipo de relación madre—hija que habían tenido.

Justo en ese momento, apareció Brenda en el salón.

—Me voy —anunció de golpe.

—¿Qué?

Brenda había llegado tan tarde la noche anterior, que Kelly ni siquiera la había visto.

—¿Adónde vas? —le preguntó al ver que ya había hecho la maleta.

Brenda se echó a reír.

—A casa. ¿No pensarías que iba a quedarme a vivir aquí?

Parecía que su casa volvía a estar en Clayburn, pero teniendo en cuenta lo mucho que se movía, Kelly suponía que no tardaría en cambiar de residencia.

—No pensaba que fueras a quedarte, pero me ha sorprendido. Ayer no dijiste nada de que fueras a marcharte tan pronto.

—Ya sabes que me gusta vivir las cosas tal como surgen. Hace que la vida sea mucho más interesante.

Kelly la ayudó a meter la maleta en el coche.

—No has llegado a decirme cuánto necesitabas —le dijo al recordar que cuando había aparecido en la casa, le había pedido un préstamo.

—¿Cuánto necesito para qué?

Kelly respiró hondo.

—Cuando llegaste dijiste que necesitabas que te hiciera un préstamo.

Brenda se echó a reír y luego hizo un gesto como diciéndole que lo olvidara.

—Ya no es necesario.

Kelly frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con que ya no es necesario? ¿Es que has ganado en las máquinas del casino?

Brenda soltó otra carcajada.

—Bueno, supongo que eso es lo que debería decirte.

—¿Lo que deberías?

Entonces se inclinó hacia ella y bajó la voz, como si hubiera alguien cerca que pudiera oírla.

—Tu novio me pidió que no te lo contara, pero qué más da. Creo

que debes saberlo —hizo una pausa para darle un efecto más dramático. —Él me dio el dinero.

—¿Ryan?

Brenda sonrió con satisfacción y le dio unas palmaditas en la mejilla a su hija.

—Ese hombre come de tu mano. Siempre supe que eras una chica lista.

—¿Cuánto te ha dado? —espetó Kelly.

Había una parte de ella que prefería no saberlo, pero otra parte necesitaba enterarse.

Brenda titubeó antes de responder.

—Cinco mil.

—¿Dólares?

—Sí, claro, querida. ¿Qué va a ser si no? —dijo riéndose de nuevo. —Sé que puede permitirse darme algo más, pero también sabía que, si se lo pedía, podría desconfiar. Después de todo, yo había dicho que necesitaba un pequeño préstamo.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —le preguntó con voz aguda. —¿Cómo has podido aceptar dinero de él?

—¿Por qué debería haberlo rechazado? —replicó Brenda con impaciencia.

—¿No se te ocurrió que podrías estar creándome ciertas... obligaciones?

—Bueno, teniendo en cuenta que ya te estás acostando con él — comenzó a decir con malicia, —no veo qué otras obligaciones podrías tener.

Kelly abrió la boca para responder, pero luego la volvió a cerrar. No servía de nada. Discutir con Brenda era como darse cabezazos contra una pared; tenían dos puntos de vista completamente diferentes, como si vivieran en mundos distintos. Era algo que debería haber sabido hacía ya mucho tiempo.

—¿Cómo te dio el dinero? —quiso saber. —Ni siquiera alguien tan rico como Ryan lleva semejante cantidad encima.

—Encargó que me hicieran un giro.

—Ahora comprendo que tuvieras que quedarte por aquí unos días.

—Escucha, querida —dijo como si no hubiera oído lo que acababa de decir, —ahora tengo que marcharme —miró la hora. —Están esperándome en el casino.

Mientras recibía un beso en la mejilla, Kelly pensó que no tenía la menor duda de que quien la esperaba sería un hombre con dinero.

Después de haber dejado la maleta en el viejo Mercedes que Brenda había comprado por una miseria en un concesionario de coches usados, la vio alejarse de su casa.

Kelly volvió dentro, cerró la puerta y se apoyó en la pared por

miedo a caerse.

¿Qué había hecho Ryan? ¿Y por qué?

Intentó no pararse a analizar el torbellino de emociones que sentía.

Por un lado estaba agradecida. De no haberle dejado el dinero, Brenda se lo habría pedido a ella.

Pero también estaba enfadada.

No quería que ningún hombre rico le hiciera favores porque hacía que se sintiera como Brenda.

Bien era cierto que había aceptado una especie de favor de Webb Sperling, pero eso era diferente porque Kelly estaba convencida de la valía de sus diseños... sólo era cuestión de conseguir que la gente los viera.

Lo que había hecho Ryan era diferente. Se sentía comprada. No podía creer que le hubiera dado dinero a su madre.

Por ella, le dijo su corazón antes de que pudiera evitarlo.

Ése era el otro motivo por el que aquello era diferente. Porque se trataba de Ryan, no de Webb. Una de las razones por las que se había enfadado tanto al descubrir lo que lo había llevado a acostarse con ella era que le importaba mucho lo que Ryan pensara de ella.

Pero ella tenía su orgullo, se dijo a pesar de que su corazón le decía que había algo más que orgullo en aquella ecuación.

Tenía que encontrar el modo de pagarle lo que había hecho.

Le dio vueltas a la cabeza hasta que se le ocurrió una idea que la hizo sonreír.

En cuanto llegara al trabajo, tenía que hacer una llamada a Webb Sperling.

CAPÍTULO 10

—Ahora que tenemos la firma de Oliver, estamos preparados —anunció Dan.

Ryan observaba en silencio mientras su abogado sacaba la documentación del maletín. Estaban en el despacho de la casa; el brillante sol de la mañana inundaba la habitación.

Dan había salido en coche desde Silicon Valley, donde se encontraba la sede central de Ray Technology, nada más salir el sol. Ahora, estaba extendiendo todos los contratos sobre la mesa.

—Todo el mundo ha firmado ya —siguió explicando, —sólo falta que lo hagas tú... —sonrió fugazmente— y podremos extender los cheques.

—Quiero que todo esté listo lo antes posible —dijo Ryan mirando su reloj. —Ya estamos a jueves. Me gustaría hacerlo público a principios de semana, antes de que alguien filtre la noticia a la prensa.

Quería tener la situación bajo control. Debía ser él el que decidiera cuándo y cómo se enteraría de todo Webb Sperling.

—Todos los contratos incluyen una cláusula de confidencialidad...

—Sí, lo sé —lo interrumpió Ryan, —pero te recuerdo que estamos tratando con miembros de la familia Sperling. Cualquiera de ellos sería capaz de estropearlo todo en el último minuto.

—No te preocupes, estará todo listo —aseguró Dan mientras Ryan comenzaba a firmar. —Sé que quieres concentrarte en otras cosas... como la expansión del Ray Technology en mercados extranjeros.

La empresa estaba dando los primeros pasos para instalarse en América Central y del Sur. Otro motivo más por el que cerrar aquel asunto de Sperling, Inc. y para poner fin a su estancia en Hunter's Landing.

—Entre tanto —continuó Dan, —he hecho un borrador de la carta para informar a Webb de que ha perdido el poder ejecutivo de la empresa y que debe suspender cualquier contrato o negociación que tenga pendiente.

Ryan pensó en el contrato de Kelly. Hasta hacía muy poco, habría considerado prioritario poner fin a las negociaciones de Triste Éxito con Sperling, Inc.

No creía que Kelly hubiera tenido ocasión de cerrar ningún tipo de acuerdo con los grandes almacenes Sperling... Desde luego, no había dado señal alguna en el tiempo que habían pasado juntos.

Conociendo a su padre, Ryan supuso que se habría limitado a pasar el asunto a sus subordinados y habría seguido jugando al golf.

Mientras Dan le explicaba ciertos detalles de los contratos, Ryan siguió pensando en Kelly.

Habían pasado ya tres días desde la última vez que la había visto.

Tres días desde el encuentro con Brenda.

En ese tiempo, Ryan había estado muy ocupado ultimando la oferta de compra de Sperling, Inc. Pero tampoco había querido ir a ver a Kelly para arreglar las cosas mientras Brenda estuviera allí.

Lo que le había sorprendido era que Kelly hubiese conseguido dejar el proyecto de decoración en suspenso tres días consecutivos.

Seguramente estaría ocupada con su inesperada invitada, se dijo Ryan, pero otra parte de él pensaba que no había motivos para creer que su enfado hacia él hubiera desaparecido desde el lunes.

Sí, era cierto que su inexperiencia sexual había cambiado las cosas, pero al contrario de lo que ella creía, no había sido dicha inexperiencia lo que lo había atraído de ella. Lo que ocurría era que esa falta de experiencia era la prueba definitiva de algo que había intuido prácticamente desde el principio, pero no se había atrevido a admitir: Kelly era completamente distinta a su madre.

No tenía intención alguna de marcharse de Hunter's Landing sin decírselo... y lo haría en cuanto hubiera acabado con el asunto de Sperling, Inc.

Se lo explicaría todo y después la haría suya. Una y otra vez, hasta que ambos estuviesen ahítos de placer.

—¿Has oído? —preguntó Erica al llegar al trabajo el martes.

—¿Si he oído el qué? —respondió Kelly con gesto distraído.

Estaba sentada en el despacho que había en la trastienda de Triste Éxito, repasando algunas cifras.

Se había prometido a sí misma que había llegado el momento de ser valiente y volver a la casa. Además, se había quedado sin excusas para seguir en la tienda en el momento en que Erica había aparecido para sustituirla.

—¡Ryan Sperling ha comprado los grandes almacenes Sperling y ha destituido a su padre como director general y presidente del consejo de administración!

Kelly levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué? ¿Dónde has oído eso?

—En la radio —dijo Erica. —Parece que llamaste a Webb en el momento oportuno.

Kelly sacó el teclado del ordenador y buscó rápidamente en Internet las últimas noticias sobre Ryan Sperling y los grandes almacenes Sperling.

Entró en la primera página que le apareció en Google y leyó el artículo por encima.

Al parecer, Ryan había comprado las acciones que varios miembros de la familia tenían en la empresa, consiguiendo así una

participación mayoritaria en el negocio.

Lo primero que había hecho al tomar el control había sido destituir a su padre de la presidencia del consejo de administración y quitarle el título de director general.

Miró la pantalla del ordenador y respiró hondo, mientras su mente trataba de asimilar a toda prisa la importancia de aquella adquisición. Entonces se oyó la campanilla de la puerta de la tienda, que anunciaba que había un cliente.

«Qué oportuno», pensó Kelly poniéndose en pie.

—Yo me encargo —le dijo a Erica.

Así, al menos, apartaría de su mente la noticia bomba.

Salió a la tienda con una sonrisa en los labios.

—¿Puedo ayudarle...? Se detuvo en seco.

El que la esperaba no era otro que Webb Sperling.

Webb Sperling la miró de arriba abajo antes de hablar.

—Hola, Kelly. Eres la viva imagen de tu madre.

La sonrisa desapareció al instante del rostro de Kelly.

Webb parecía haber ganado ocho o diez kilos desde la última vez que lo había visto hacía más de diez años. Con más de un metro ochenta de estatura, seguía resultando imponente, pero la barriga y la incipiente calvicie habían empeorado su aspecto.

—¿Qué hace aquí? —espetó ella.

En lugar de responder, Webb dio unos pasos más hacia el interior de la tienda.

—Supongo que ya te habrás enterado de la noticia.

—Hace un rato —respondió ella. ¿Qué se le decía a alguien que acababa de perder el control de su compañía? «¿Mis condolencias? ¿Lo siento?».

Webb miró a su alrededor.

—Tienes una tiendecita muy agradable.

—Gracias —dijo Kelly. —Pero no creo que sea eso lo que le trae por aquí.

—La verdad es que estoy de vacaciones en la zona...

«Sí, vacaciones obligadas», pensó Kelly.

—...y se me ha ocurrido que quizá tú pudieras decirme dónde encontrar a Ryan. Esta mañana no estaba en esa elegante casa de madera en la que se supone que está alojado.

—¿Por qué cree que yo podría saberlo? —preguntó con tensión.

—No seas tímida, preciosa —le dijo Webb. —Brenda me ha contado que Ryan y tú sois amantes.

Kelly abrió la boca y vio en el rostro de Webb que sabía que acababa de dar en el clavo. Se disponía a contestar justo en el

momento en que volvió a abrirse la puerta de la tienda y apareció Ryan.

Webb se dio media vuelta y se encontró cara a cara con el hombre al que Kelly pensaba que no volvería a ver en su tienda.

—Vaya, vaya —dijo Webb arrastrando las palabras. —Veo que interrumpo una cita romántica.

—¿Qué demonios haces aquí? —replicó Ryan.

Webb torció el gesto.

—¿No es obvio? He venido a felicitarte por tu reciente éxito.

—El elemento sorpresa era parte del plan —dijo Ryan con total frialdad.

—Si hubieras esperado, algún día habría sido todo tuyo.

—Ahora ya lo es —Ryan apretó la mandíbula.

—Siempre has sido muy impaciente.

Kelly los miraba a uno y a otro, completamente fascinada.

—Estaba pensando en jubilarme —aseguró Webb mirando por la ventana de la tienda. —Roxanne tiene ganas de viajar sin estar atada por los negocios —volvió a mirar a su hijo. —Pude que pasemos parte del año aquí, en Tahoe.

—¿Es eso lo que tienes pensado decirle a la prensa? —se burló Ryan.

—Es la verdad.

Webb había adoptado un tono tan sincero que Kelly estuvo a punto de creer lo que decía a pesar de que era evidente que era una estrategia para no parecer humillado. Ahora comprendía cómo había llevado con éxito una vida de engaños y adulterio: se le daba muy bien crear su propia realidad.

—Seguro que sí —replicó Ryan y después se volvió a mirarla a ella. —¿Cuándo ha llegado?

Kelly lo miró a los ojos.

—Ahora mismo.

—¿Dónde está tu mujer? —volvió a dirigirse a Webb.

—¿Roxanne?

—Si es con ella con la que sigues casado.

—Se ha quedado en el hotel. Me ha parecido que no era necesario que viniera.

—Más bien no habrás querido que se entere de cualquier detalle desagradable que no le hayas contado —respondió Ryan con desprecio. —La verdad es que una visita a la hija de tu ex amante podría hacer saltar las alarmas, sobre todo de una mujer con tanto instinto de supervivencia como Roxanne.

Kelly estuvo a punto de echarse a reír.

Webb fingió sentirse herido.

—No creo que tengas derecho a criticarme. Según me ha dicho

Brenda, tú te estás tirando a su hija.

Ryan lo miró con furia.

—Mi relación con Kelly no tiene absolutamente nada que ver con la vuestra, sea cual sea en la actualidad.

—Brenda y yo seguimos siendo buenos amigos —replicó Webb con mirada brillante, y después echó un vistazo a Kelly. —Es algo que recomiendo hacer con las antiguas amantes. Nunca se sabe cuándo podrá resultarte de utilidad, especialmente si resulta que se repite la historia.

La expresión del rostro de Ryan era fría y dura como una piedra.

—Fuera —dijo entre dientes. —Fuera de tu trabajo, fuera de Sperling y fuera de aquí.

Webb se echó a reír.

—Eres muy protector con tu chica —miró a Kelly de arriba abajo y luego murmuró: —La verdad es que comprendo que te guste.

Ryan apretó los dientes, pero Webb se dio media vuelta hacia la puerta.

—Roxanne y yo vamos a tomarnos unas largas vacaciones en Europa —anunció.

—Claro —respondió Ryan con acidez. —Querrás estar fuera hasta que todos tus amigos encuentren un nuevo chismorreo del que hablar —hizo una pausa antes de añadir: —¿Para eso era para lo que me buscabas? ¿Para contarme cómo ibas a darle la vuelta a la historia?

—Tendrás que encargarte de los purasangres —siguió diciendo Webb como si no hubiera oído nada.

—El rancho no me interesa, ni me ha interesado nunca.

—En eso has salido a la familia de tu madre —respondió Webb meneando la cabeza, —pero me alegra ver que hayas heredado mi gusto en mujeres.

Y con esas palabras, salió de la tienda.

Ryan se volvió a mirarla.

Pero antes de que pudiera decir nada la puerta volvió a abrirse y entró un cliente.

Kelly sonrió con alivio al inesperado cliente.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —y al pasar junto a Ryan murmuró: —Ahora no podemos hablar.

Unos segundos después estaba mostrándole unos jarrones al cliente, cuando vio que Ryan se marchaba.

Respiró hondo y siguió atendiendo. Erica no tardó en salir de la trastienda.

—¿Lo has oído? —le preguntó en voz baja.

Erica asintió.

—Me daba miedo salir con la que estaba cayendo por aquí.

—Ojalá hubiera estado ahí dentro contigo.

Esa noche llovió a cántaros sobre Tahoe. Fue una de las mayores tormentas que se recordaban en la zona.

Kelly se sentó en el salón de su casa a observar la lluvia a través de la ventana. Ni siquiera se había cambiado de ropa; estaba agotada después del drama que había presenciado en Triste Éxito.

Aunque hubiera tenido el valor necesario para enfrentarse a Ryan, aunque la tormenta no le hubiera impedido salir, no habría sabido qué decirle.

Sí, Ryan era demasiado arrogante, estaba odiosamente seguro de sí mismo y era demasiado atractivo. Pero era mucho más que eso.

Pensó en todo el tiempo que había dedicado a ayudarla a decorar la casa, la paciencia con la que había esperado mientras ella contemplaba algo; jamás había protestado cuando ella había cambiado de opinión y habían tenido que cambiar algún mueble de lugar.

Recordó la noche en la que la había llevado a su casa y la había metido en la cama cuando estaba demasiado borracha para hacerlo sola.

Recordó el modo en que el viento le había alborotado el pelo el día que habían salido a navegar en el lago.

Recordó incluso que le había dado dinero a Brenda.

Y se dio cuenta de que, le gustara o no, se había enamorado de él. Por eso se había sentido tan herida cuando había creído que se había acostado con ella sólo porque le había resultado fácil.

Quería ser algo más para él. Quería que la valorara. Durante los últimos días había tenido tiempo de calmarse y pensar, y había descubierto lo que sentía por él.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero consiguió contenerlas con esfuerzo.

Era absurdo sentir lo que sentía porque Ryan no sentía lo mismo por ella. Para él, sólo había sido una aventura durante aquella estancia que se había visto obligado a pasar en Tahoe.

Jamás podría desear una relación más permanente con una mujer que siempre sería la hija de Brenda Hartley. Una mujer que incluso se parecía a Brenda.

Ryan nunca querría despertar día tras día con alguien que siempre le recordaría a la mujer con la que su padre había estado acostándose durante los últimos meses de vida de su madre.

El sonido del timbre la sacó de sus ensoñaciones y se preguntó quién podría haber ido hasta allí en medio de la tormenta.

Miró por la ventana del salón.

Pudo distinguir la silueta de un hombre en la oscuridad.

El recién llegado quizá vio algún movimiento en el interior de la casa, porque se volvió a mirar y Kelly vio que era Ryan.

El corazón comenzó a latirle con fuerza contra el pecho.

Se levantó y fue a abrir la puerta.

—¿Sí? —preguntó.

Estaba empapado.

—¿Puedo entrar?

Kelly se echó a un lado sin responder. El entró y se quitó el sombrero y la chaqueta.

—Dame —le pidió ambas prendas y las colgó en la percha de la entrada. —¿Puedo ofrecerte algo? —le dijo unos segundos después. —Acabo de hacer té.

Resultaba ridículo estar ofreciéndole algo de tomar, pero la ayudaba a no sentir aquella terrible tensión.

—No, gracias—Ryan la observó unos segundos. —Tienes los ojos como si hubieras estado llorando.

Su llegada la había sorprendido tanto que ni siquiera se había parado a pensar en el aspecto que tenía.

—Es la alergia —mintió.

Él dio un paso hacia ella.

—No te creo.

—No sé muy bien qué haces aquí —se apresuró a decir Kelly.

—¿No?

Kelly levantó bien la cara y lo miró de frente.

—¿Has venido a decirme que lo primero que vas a hacer ahora que estás al frente de Sperling, Inc. es suspender cualquier negociación con Triste Éxito?

—Me parece que ya sabes cuál es la respuesta a esa pregunta.

Kelly lo miró, pero la expresión de su rostro era indescifrable.

—No estoy dispuesto a abandonar la mesa de negociaciones... por el momento.

Se rodeó a sí misma con los brazos; de repente tenía frío. Deseaba que volviera el tierno amante que le cubría el cuerpo de besos, pero el hombre que tenía delante llevaba una máscara inescrutable.

—Siempre y cuando tú estés dispuesta a cumplir ciertas condiciones —continuó diciendo.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué condiciones?

—Lo primero que debo saber es si tienes algo que identifique a la marca.

—Pues... no —dijo con profunda tristeza.

—No tiene por qué ser algo que se identifique en todo el país, bastaría con que fuera algo que la gente reconociera al menos aquí,

en Hunter's Landing.

—Todo el mundo en Hunter's Landing conoce Triste Éxito.

Lo cierto era que aquél era un lugar irrisoriamente pequeño para dar publicidad al negocio.

—También quiero saber si estás preparada para responder a la demanda del mercado —siguió preguntándole. —¿Quiénes son tus proveedores?

Aquello encendió una chispa de esperanza en Kelly.

—Algunos de los fabricantes están aquí, en la Costa Oeste, y son muy fiables. Ya antes han hecho artículos de muestra y me consta que trabajan también para grandes almacenes de importancia.

—¿Para Sperling?

—Sí —confirmó.

—¿Qué me dices de los márgenes de beneficios? Los grandes almacenes suelen buscar un cuarenta y cinco por ciento, pero... —hizo una pausa y la miró con gesto pensativo— es negociable.

—¿Hasta qué punto es negociable? —preguntó ella con desconfianza.

—¿Qué obtienes tú con Triste Éxito?

Kelly titubeó antes de responder.

—Ahora mismo en la tienda, estoy sacando un sesenta por ciento.

—Estupendo —parecía impresionado.

—La situación es muy importante —admitió, pero enseguida recuperó el valor y decidió imponer también algunas condiciones. —Podrías conseguir lo mismo en los almacenes Sperling, pero tendrías que asegurarme que los productos se colocarán en los lugares adecuados.

—Hecho... pero necesito un acuerdo de exclusividad.

—¿Qué clase de acuerdo? —de nuevo intentó interpretar la expresión de su rostro, pero fue en vano.

—Sólo te asociarás conmigo. No tendrás relación alguna con nadie más.

CAPÍTULO 11

Kelly sintió un extraño hormigueo en el estómago y se humedeció los labios.

Ryan siguió tal movimiento con atención, pero después bajó la mirada para ocultar su expresión.

—Si firmo exclusividad... —tuvo que aclararse la voz para que no le temblara— espero... algo más.

Ryan dio un paso más hacia ella.

—Dime tus condiciones.

—¿Aún seguimos hablando de Sperling, Inc. y de Triste Éxito? —preguntó con voz ronca.

La tensión era casi insoportable.

—No lo sé —dijo él poniéndole la mano en la mejilla. —¿Tú qué crees?

—Ryan, ¿no te da miedo asociarte conmigo? —buscó sus ojos. —Soy hija de Brenda Hartley. Incluso me parezco mucho a ella físicamente.

Ryan había sumergido los dedos en su cabello y Kelly sintió ganas de ronronear.

—Pero no te pareces en nada a ella en lo que realmente importa. No te pareces a Brenda sólo por ser pelirroja y tener los ojos castaños, igual que yo no soy como Webb por estar al frente de Sperling, Inc.

—Puede que a la gente le sorprenda que estemos... juntos —susurró ella mientras se fijaba en que él tenía los ojos clavados en su boca.

—Entonces causaremos un buen revuelo.

—Pertenecemos a mundos distintos...

—Pero tenemos muchas en común —argumentó con una pícara sonrisa en los labios. —Ambos nos hemos pasado la vida entera asegurándonos de no parecemos a nuestros padres.

—En eso tienes razón —admitió Kelly.

—¿Lo ves? Es un gran paso que reconozcas que tengo razón. Creo que vamos a tener una bonita relación... de negocios.

Kelly se echó a reír sin apenas fuerza porque le faltaba el aire.

Él se inclinó y comenzó a darle besos en la nariz, en las mejillas, en los labios...

—Esto me parece inapropiado —bromeó ella. —Si voy a ser tu socia...

—Pero no lo es si además te presentas al puesto de esposa —respondió él con voz profunda.

Y Kelly sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—¿Qué has dicho?

Pero en lugar de responder, Ryan la besó apasionadamente.

—Cásate conmigo y ten hijos conmigo —dijo cuando por fin dejó de besarla.

—Sí —dijo ella con lágrimas en los ojos. —La semana pasada llamé a Webb y le dije que ya no quería vender mis diseños en los almacenes Sperling.

—Lo sé —respondió él con voz tranquila mientras le secaba una lágrima de la mejilla.

—¿Lo sabes?

Ryan asintió.

—Lo primero que hice cuando me hice con el control de manera oficial fue llamar a los gerentes de la central y preguntarles en qué estado se encontraba tu contrato.

Kelly sonrió sin dejar de llorar.

—Supongo que para poder cancelarlo.

—No —aseguró con repentina seriedad. —Para acelerarlo. Imagina mi sorpresa cuando me enteré de que habías suspendido las negociaciones.

—No sabía si me creerías cuando te dijera que lo había hecho antes de que se hiciera público que te habías hecho con la empresa.

—Claro que te habría creído, porque eres muy importante para mí. Por eso fue lo primero que quise saber —entonces volvió a sonreír. —Imagina lo perplejo que se quedó todo el mundo cuando vieron que mi mayor prioridad era un contrato del que la mayoría de ellos ni siquiera había oído hablar y que además no había llegado a concretarse.

Kelly se secó las lágrimas.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te saliste de Sperling sabiendo que era tu oportunidad de llegar al mercado nacional? —preguntó Ryan.

—Por orgullo —respondió ella. —Brenda me dijo que le habías dado dinero.

Ryan maldijo entre dientes.

—¿Te lo contó?

—Sí.

—Y tú sacaste la peor conclusión al respecto.

Kelly no tuvo más remedio que asentir.

—Quería pagártelo. No quería que pensaras que podías comprarme.

—Ay, Dios —la agarró de ambos brazos y volvió a secarle las lágrimas, pero esa vez con besos. —No lo hice por eso. Quería que Brenda se marchara para que pudiéramos arreglar las cosas entre nosotros. Acababa de pasar el fin de semana más maravilloso de mi vida.

—¿Eso es todo? —le preguntó sin poder dejar de llorar. —Cuando

me enteré de que habías pagado a Brenda justo después de haberte acostado conmigo y de haber descubierto mi falta de experiencia sexual, pensé que lo único que querías de mí era sexo.

—Cariño, si lo único que tú quisieras de mí fuera sexo, moriría feliz.

Aquello la hizo reír.

—Cuanto más luchaba contra ello, más atraído me sentía por ti. No podía dejar de pensar en todo lo que tenemos en común.

—¿Dos personas esforzándose a muerte por no ser como sus padres? —preguntó ella.

—En realidad, tu falta de experiencia en el sexo hizo que me diera cuenta de que crecer con Brenda Hartley te había afectado tanto o más que a mí ser hijo de Webb Sperling.

—El primer chico con el que me acosté fue un compañero de universidad—le contó. —Pero entonces conoció a Brenda y me dijo que nuestra relación no podía seguir adelante. Quería llegar lejos en los negocios y tener una suegra como Brenda habría supuesto un obstáculo.

—Idiota.

Kelly sonrió.

—Entre eso y que el sexo tampoco fue ninguna maravilla, Tyler consiguió que no me apeteciera tener más relaciones durante algún tiempo... mucho tiempo. Después de crecer con Brenda, empezar con él había sido todo un acto de valentía.

Ryan asintió con total comprensión.

—El matrimonio de mis padres fue un desastre y, cuando llegué a Hunter's Landing, tú eras la última mujer en el mundo con la que habría imaginado que podría tener algo. Pero hiciste que me enamorara de ti.

—Yo también me enamoré de ti —dijo ella con voz temblorosa.

Ryan se inclinó a darle otro beso que no tardó en convertirse en una explosión de pasión llena de promesas.

Kelly se apretó contra él con todas sus fuerzas y se besaron hasta que ambos se quedaron sin respiración.

—Necesito...

—Hacer...

Ambos se detuvieron y se echaron a reír.

—Cama —se limitó a decir él.

Consiguieron llegar al piso de arriba y al dormitorio de Kelly.

Ryan comenzó a desabrocharle los botones de la blusa, besando cada centímetro de piel que quedaba al descubierto.

Ella suspiró y lo abrazó con fuerza. En el exterior continuaba rugiendo la tormenta, la lluvia golpeaba los cristales, pero ellos estaban en su propio mundo.

Una vez le quitó la blusa por completo, la miró a los ojos.
—Soy un ferviente admirador de tus pechos.
Kelly se echó a reír.
—Aquella noche, me pareció ver que los mirabas.
—Me resultó imposible no hacerlo.
—Y sin embargo te resististe.
—Era una batalla perdida de antemano —dijo justo antes de que su boca se posara en el valle de su escote y lo cubriera de húmedos besos.
Kelly gimió de placer.
Cuando le quitó el sujetador, sus pechos cayeron en las manos de Ryan como dos frutas maduras. Los acarició hasta que Kelly se vio inundada de una cálida sensación.
La falda no tardó en caer al suelo.
—También tienes una piernas fantásticas —murmuró él acariciándole los muslos.
—Es porque me paso el día entero de pie —bromeó ella.
—Toda tú eres preciosa. Por dentro y por fuera.
Cada una de sus palabras, de sus miradas y de sus caricias le provocaba un escalofrío.
Le desabrochó la camisa y siguieron despojándose el uno al otro del resto de la ropa.
Kelly palpó su erección y disfrutó del modo en que se le aceleraba la respiración con sólo sentir su mano allí.
Una vez completamente desnudos, Ryan la tumbó sobre la cama y comenzó a acariciarla. Kelly arqueaba la espalda, volviendo a la vida con sus expertas caricias.
Cuando alcanzó el lugar en el que se unían sus piernas, el mundo entero tembló y Kelly no pudo contener los gemidos.
La lamió y la hizo arder de deseo.
No se detuvo hasta que ella comenzó a temblar y finalmente alcanzó un éxtasis que la dejó agotada y satisfecha al mismo tiempo.
Entonces Ryan se tumbó a su lado, con el deseo reflejado en el rostro.
—Necesitamos protección —dijo él mirando el montón de ropa en el suelo.
—Ya sabes que no he estado con nadie desde...
Ryan se detuvo.
—Yo también hace mucho tiempo que no estoy con nadie y me hice las pruebas.
—Yo también.
—¿Estás segura?
El corazón le dio un vuelco.
—¿Sería tan malo que empezáramos con un hijo?

—Claro que no.

—Quiero tenerlo todo —dijo ella. —Mi carrera, hijos, a ti.

Ya no hablaron más, se fundieron en un abrazo y luego él se zambulló dentro de ella con un gemido de placer que no era más que el eco de los de Kelly.

Se aferró a él y lo acompañó en cada embestida hasta que juntos alcanzaron el clímax, momento en el que Kelly gritó su nombre.

Después volvieron a abrazarse y se quedaron en silencio unos momentos, escuchando la tormenta.

—No puedo creer que hayas venido hasta aquí con este tiempo —dijo ella.

Ryan comenzó a acariciarle la espalda.

—Mi mes aquí está a punto de acabar. Vine en cuanto acabé con el tema de Sperling, Inc. Tenía que solucionar lo nuestro antes de marcharme.

—Si no hubieras tenido que pasar ese mes en la casa, nunca nos habríamos encontrado —dijo ella.

—No vine a Hunter's Landing en busca de una mujer —aseguró Ryan dándole un beso en los labios— De hecho, nada más lejos de mi intención. Tenía la cabeza puesta en la compra de Sperling, Inc. y en echar a Webb de la empresa en cuanto tuviera las suficientes acciones. La verdad es que estaba contrariado por tener que perder un mes.

Kelly se volvió del todo para poder mirarlo de frente.

—¿Por qué tenías tanto empeño en hacerte con Sperling, Inc.? Ya sé lo que sientes por Webb, pero...

—No ha sido sólo una venganza por lo que le hizo a mi madre, aunque ése fuera uno de los motivos —admitió Ryan. —Estaba descuidando la empresa y dilapidando el patrimonio de la familia.

—Y ahora que tienes el control, ¿cuáles son tus planes? —preguntó con sincera curiosidad.

—Bajo el mando de Webb, la empresa ha obtenido unos beneficios bastante mediocres. Mi intención es mejorar el servicio al cliente y convertir los almacenes en un lugar de prestigio. Tenemos que incluir productos innovadores. No tiene sentido competir con los comercios que venden barato, hay que ofrecer algo nuevo.

Era exactamente lo que habría hecho ella, pensó Kelly, y en seguida se dio cuenta de que no debería sorprenderle. Aquél era el mismo hombre que se había negado a ocupar el lugar de prestigio que le correspondía en el negocio familiar y había optado por un camino mucho más difícil, por forjarse su propio destino hasta alcanzar el éxito con un negocio que él mismo había creado de la nada.

—Así que ahora no sólo eres un magnate de las comunicaciones por cable, también estás al mando del imperio familiar —bromeó Kelly.

—Así es —admitió Ryan con fingida arrogancia, —pero tengo intención de delegar mucho del trabajo en los almacenes —arqueó una ceja antes de añadir. —¿Te interesaría ayudarme?

Kelly se echó a reír.

—Yo sólo buscaba un lugar de mayor alcance en el que vender mis diseños y voy a acabar con toda una cadena de tiendas a mi disposición.

—Cariño, ¡me tienes a mí a tu disposición!

Aquellas palabras le provocaron un escalofrío.

—Hace sólo unas horas estaba abajo sentada, pensando que habíamos acabado.

—Vencer a Webb no me dio la satisfacción que esperaba —admitió después de darle un beso en los labios. —Porque no podía dejar de pensar en ti. Gracias al testamento de Hunter, he tenido tiempo para pensar y darme cuenta de lo que verdaderamente importa.

—Me pregunto si no sería ése el motivo por el que Hunter incluyó aquella exigencia en el testamento.

—Yo también lo he pensado —admitió Ryan. —Hunter nos conocía muy bien. No podía saber cómo iban a ser nuestras vidas diez años después, pero quizá lo imaginó porque todos éramos tan ambiciosos y trabajadores que seguramente pensó que necesitaríamos un empujón que nos obligara a tomarnos un descanso, a valorar nuestras vidas hasta el momento y nuestro futuro.

—¿Quieres decir que quizá supiera que ibas a convertirte en un magnate implacable?

—Puede ser —respondió con una sonora carcajada. —No sé si los demás se tomaron en serio aquella promesa que hicimos de reunirnos después de diez años, pero confieso que yo lo había olvidado por completo hasta que me tocó venir a ocupar la casa. Quizá Hunter supiera que pasaría y que tendría que ser él quien se encargara de que los samuráis no se perdieran. La verdad es que ahora me muero de ganas de ver a los demás. Tenemos mucho que agradecer a Hunter.

—Y gracias a ti —dijo Kelly, —yo he aprendido que no se puede huir del pasado...

—…pero podemos avanzar hacia el futuro... juntos—añadió él.

No dijeron nada más. Ryan se encargó de mostrarle algunas de las cosas que encontraría en ese futuro que iban a compartir.

Ryan miró la casa por última vez. Había pasado todo un mes. Había llegado allí buscando una cosa y se marchaba con otra completamente diferente.

Algo mucho mejor. Mucho más puro. Un amor completamente inesperado que le había hecho ser mejor persona.

Se sentó en el salón y leyó de nuevo la nota que tenía delante. Formaba parte de su plan para retomar el contacto con sus viejos compañeros de universidad.

—¿Qué haces? —le preguntó Kelly sentándose en el reposabrazos de la butaca.

—Le he escrito una nota a Matt Barton —dejó el bolígrafo sobre la mesa. —Llegará pronto para comenzar su mes en la casa.

—¿Le escribes para contarle lo bien que lo has pasado aquí? —preguntó Kelly sonriendo.

—Desde luego, este sitio es la guarida del amor —respondió con una enorme sonrisa. —Los cuatro que hemos pasado ya por aquí hemos acabado encontrando el amor. Así que le estoy advirtiendo del peligro.

Kelly le pegó un suave puñetazo.

Estaban a punto de comenzar un viaje por el valle de Napa, donde habían planeado celebrar una boda íntima. Después volverían al mundo real y Ryan volvería a Ray Technology.

Kelly ya había comenzado a ayudarle a poner en marcha Sperling, Inc. Le había dado algunos consejos para relanzar los almacenes. También había hecho algunos pedidos de sus diseños para poder ponerlos a la venta en los próximos meses.

Entre tanto, le había pedido a Erica que se hiciese cargo de Triste Éxito y había contratado a un par de universitarios para que la ayudaran. Quería mantener la tienda abierta mientras se abría al mercado nacional.

—¿Qué has escrito? —le preguntó con un beso.

Ryan levantó la nota y la leyó en voz alta:

—«Matt, buena suerte, amigo. Quería darte algunos consejos. Estás a punto de empezar tu mes en «la guarida del amor». ¿Te acuerdas de las conclusiones sobre las mujeres a las que llegamos en la Nochevieja de nuestro último año en la universidad? ¿Que te atan y no te dejan hacer nada peligroso? Olvídate de todo eso. Esto es lo que debes saber realmente de la mujer de tu vida: te hará libre y amarla será lo más peligroso que harás jamás. Ryan».

—¡Vaya!

Ryan sonrió.

—No vayas a ponerte a llorar. Conociendo a Matt, seguro que lo lee y piensa que no son más que tonterías.

Kelly lo miró enarcando una ceja.

—Me sorprende que no hayas puesto nada sobre el sexo. Ya sabes, siete chicos jóvenes, testosterona a raudales... Seguro que pensabais en el sexo todo el tiempo.

Ryan se echó a reír.

—Sí, bueno... No quería decirle que el sexo no se vuelve aburrido. Hay cosas que uno tiene que guardarse.

Kelly se bajó del reposabrazos para sentarse en su regazo y se abrazó a él.

—Ven aquí y te demostraré ese último dato.

—Supongo que podemos salir un poco más tarde —respondió mientras se disponían a demostrar todo lo que habían descubierto juntos en el último mes.

FIN